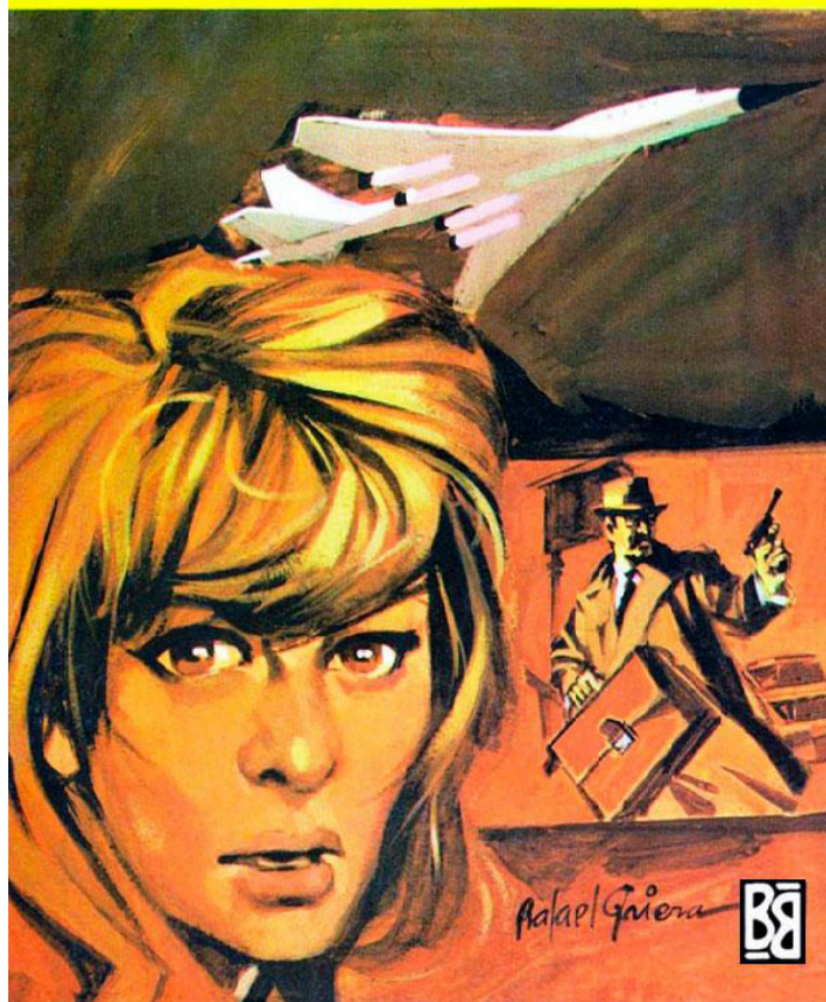


PUNTO

ROJO

la serpiente del "Jamboree"

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

LA SERPIENTE DEL JAMBOREE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 326

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 19.602 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio, 1968

© RALPH BARBY - 1968
sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

547 —La charca del sato.

En Colección KANSAS:

449 —Los hijos de la loca.

En Colección CALIFORNIA:

609 —Un hombre debe morir.

En Colección BRAVO OESTE:

390 —La maldición del «Trail».

En Colección SERVICIO SECRETO:

902 —Crimen de la cancha.

En Colección SALVAJE TEXAS:

632 —Buen viaje al infierno, querida.

En Colección PUNTO ROJO:

317 —Presidente X.

En Colección ASES DEL OESTE:

479 —Un capataz en apuros.

En Colección BISONTE:

1.061 —Los colmillos de Silver.

CAPÍTULO PRIMERO

El sargento Nat Deimos tomó el cigarrillo que le tendían y lo colocó entre sus labios. A su izquierda, el mayor Carrigan, su abogado defensor, oprimió el pulsador de su reluciente mechero, haciendo brotar la llama de butano que prendió la punta del pitillo.

Nat aspiró con fuerza para expulsar seguidamente el humo del tabaco.

—Me parece que por ahora las cosas no van muy bien en el juicio —opinó sombrío y preocupado el enjuto coronel Threvor, comandante en jefe de la XIII Brigada de Comandos Paracaidistas del ejército de los Estados Unidos.

—Quizá en este receso... —trató de suavizar el abogado mayor Carrigan.

Nat Deimos, que consumía el cigarrillo aceleradamente, con fuertes aspiraciones, respondió como si el asunto no tuviera ninguna importancia, cuando en realidad él era el principal protagonista de aquel juicio en el que todo parecía condenarle y que podría llevarle a la horca.

—Todo saldrá bien. Yo no maté al capitán Royce. Creo que algún testigo acabará por poner la verdad sobre la mesa y me dejarán en paz.

—Lo malo es que todo le acusa —gruñó el coronel.

No había terminado aún el cigarrillo cuando el desagradable sonido de un timbre de chicharra se dejó oír en la sala casi carente de mobiliario.

—Vamos, el juicio va a proseguir —indicó el mayor Carrigan.

Dos soldados, con sendos brazaletes en los que destacaban las letras «MP» y que hasta aquel momento habían custodiado la puerta, se acercaron al Sargento de paracaidistas colocándose a ambos lados de él.

Pese a estar distante el cenicero del suelo, Nat Deimos lanzó el

resto de su pitillo disparándolo entre sus dedos corazón y pulgar, y lo hizo caer hábilmente en la arena del cenicero.

—Adelante, amigos, estoy dispuesto —dijo casi con desenfado, cuando otro en su lugar hubiera estado muerto de miedo.

Tras él, el mayor Carrigan y el coronel Threvor se miraron, preocupados. Según se habían confesado entre sí, ambos estaban absolutamente convencidos de la inocencia del sargento en aquel misterioso crimen.

La sala estaba repleta de gente, pero el ochenta por ciento de asistentes a aquel consejo de guerra sumarísimo en contra de Nat Deimos, eran militares, destacando en casi todos los uniformes el corte, el color y la insignia de los comandos paracaidistas.

Eran unos hombres habituados a la dureza, al constante entrenamiento, a la entrega total de sus vidas. Casi todos habían estado en combate y eran diestros en lanzarse desde el aire de noche o de día, y siempre para caer en la misma boca del lobo, entre los enemigos, sorteando las balas que éstos les disparaban.

—Mayor Hayden, puede empezar —indicó el general que presidía el juicio.

El interpelado se puso en pie. Era un hombre alto, delgado, exageradamente delgado. Sus ojos pequeños semejaban dos dardos que herían cuando miraban. Esta vez, las pupilas del fiscal se clavaron por unos instantes en el acusado, sargento Nat Deimos. Tenía que conseguir pruebas y testimonios para obtener el veredicto de pena de muerte que solicitaba.

—Que salga a testificar Raquel Andrews.

El ujier repitió la llamada y no tardó en acercarse a la butaca de los testigos una despampanante rubia de cabellos largos, lacios y falda corta, muy corta, según la moda imperante.

Las pupilas de los varones que había en la sala coincidieron en aquella bella representante del sexo débil, una mujer de grandes ojos verdes y nariz algo respingona, que le daba un aire ingenuo que su boca carnosa, color cereza y sin pintar, no tenía.

Las agudas pupilas del mayor Hayden no parecieron reparar en la mujer. No, no parecía fijarse en la piel ligeramente tostada de aquellas piernas que la minifalda mostraba en casi diez pulgadas por encima de las rodillas redondas y sin protuberancias que las afearan.

—Preste juramento, señorita Andrews —indicó el general que presidía el tribunal, inclinándose ligeramente ante la beldad y entornando los ojos como si con ellos y a sus años pudiera cautivarla.

—Sí, enseguida, general —asintió Raquel con una sonrisa que extendió al resto de la sala.

Mientras, un dibujante profesional y que trabajaba para un periódico de Nueva York, tomaba apuntes, ya que en la audiencia estaban prohibidas las fotografías.

Raquel Andrews prestó juramento mientras su mirada se cruzaba con la del sargento paracaidista encartado.

A Raquel le agradaba Nat Deimos. Según ella, no era un hombre común. Alto, de amplias espaldas, con un aire un tanto desaliñado, Nat gustaba a las mujeres.

Sus ojos claros, grises, quemaban o helaban como la cuchillada de un machete. Su cabello abundante y negro, generalmente despeinado, se había ensortijado muchas veces en los dedos de la joven.

—Bien, ahora que ha prestado juramento, «Blonde Snake»... —principió Hayden.

Se produjo un murmullo casi imperceptible en la sala. La sonrisa de la mujer desapareció al tiempo que replicaba:

—Me llamo Raquel Andrews, capitán.

—Mayor —corrigió el fiscal.

—Ya ve, ambos nos hemos equivocado —replicó agudamente la muchacha.

Las risas contenidas pusieron de mal humor al mayor Hayden.

—Bien, señorita Andrews, pero tendrá que convenir que la conocen por «Blonde Snake».

—Soy cantante, y la mayoría de los que ejercemos esta profesión u otras similares utilizamos pseudónimo.

—El que más les acomoda —dijo irónico el fiscal, pues se había percatado de que a la joven le molestaba ser llamada «La Serpiente Rubia» en aquella sala.

—A veces nos quedamos con el que el público nos impone, pero creo que yo he venido aquí para hablar sobre el sargento Deimos y no de mí. Claro que si desea saber algo más sobre «Blonde Snake», acuda cualquier noche al «Jamboree *Night-Club*» de Brooklyn y

pague los cinco dólares que vale la consumición.

De nuevo un murmullo de risitas. Si bien aumentaron el mal humor del fiscal, éste optó por lanzar un gruñido despectivo. Se volvió de espaldas a la joven. Anduvo hasta su mesa y revisó unas hojas en el instante en que el general presidente del tribunal advertía:

—Mayor Hayden, ciñase al caso que se enjuicia. En cuanto a usted, señorita Andrews, le ruego que no tome esto como un duelo personal. Aquí estamos todos reunidos para esclarecer, juzgar y sentenciar.

El coronel Threvor, sentado junto a Nat Deimos, preguntó a éste, en voz baja:

—¿Estás seguro de esa mujer, muchacho?

—Sí, creo que sí —asintió el sargento.

—Ojalá sea así —respondió con aire preocupado el enjuto coronel, un hombre de cabello gris cortado a cepillo, que daba a su cabeza un aire recio, pese a ser un individuo delgado, de rostro anguloso y nariz casi hebraica.

El mayor carraspeó y acercándose a la muchacha, que acababa de cruzar sus piernas una sobre otra, arrancando un brillo en los ojos de los militares que la contemplaban, pidió:

—Señorita Andrews, ciñéndose a la realidad, explique lo sucedido en la noche del tres de mayo.

—¿La noche del tres de mayo, precisamente?

—Sí. Creo que le será fácil de recordar, a no ser que los hombres se peleen cada noche por usted.

Raquel estuvo a punto de soltar una picardía, más se contuvo. Miró a Nat Deimos y, comprendiendo el apurado trance en que se hallaba, comenzó a relatar:

—Pues aquella noche, como casi todas las demás, actuaba en el «Jamboree *Night Club*»...

Al unísono de la voz agradable de Raquel, el sargento comenzó a recordar.

Aquella noche, como muchas otras, Nat Deimos palmeó el brazo del portero de la sala de fiestas.

—Buenas noches, sargento. ¿Aún no lo envían al Vietnam? —le preguntó socarrón.

—Estoy esperando a que te lleven a ti primero como carne de cañón —replicó Nat de buen humor, tras dejarle una propina en la mano.

El local tenía una atmósfera densa. Nadie iba allí de etiqueta, pero la mayoría de los asistentes al club eran gente adinerada, ya que sus precios actuaban como una preselección. Una consumición mínima de cinco dólares no estaba al alcance de todos los bolsillos.

En aquellos momentos, un conjunto bicolor y con mucho ritmo hacía vibrar a los que estaban en la pista. Allí había unos cuantos «hippies» y «beatniks» que se contorsionaban diabólicamente mientras proferían gritos como si les estuvieran obligando a bailar con los pies descalzos sobre brasas de carbón al rojo.

La gente que frecuentaba el local podía dividirse en cuatro grupos esenciales. El primero de ellos lo formaban jóvenes de la nueva ola, con sus melenas, camisas floreadas y pantalones ajustados.

Ellos y sus respectivas parejas semejaban pertenecer al género neutro o unisexual, ya que en ocasiones era difícil distinguir quién era él y quién ella.

El segundo grupo estaba compuesto por los transeúntes que entraban y tomaban una copa para luego marcharse y quizá no volver más, o de hacerlo, era para ir con un par de amigos o con varios.

El tercero era el más nutrido. Gente del hampa neoyorquina, con más o menos suerte. Tanto el capitán Boys de la Metropolitana, como el inspector jefe Morrow, del FBI, sabían que era bueno pasar de cuando en cuando por el «Jamboree» para encontrar rostros que habían de trasladar con prontitud a las celdas, bien protegidas con gruesos barrotes. Podía decirse que en aquel club siempre había alguien buscado por la policía.

El sargento Nat Deimos pertenecía al cuarto y último grupo, al de los militares, todos ellos con más o menos graduación, ya que a un soldado o marino raso no le llegaba para pagar la cuenta.

Sin preámbulos ni ambages, se dirigió a una de las mesas colocadas ante la pista y vacía, pese a lo repleto que se hallaba el local.

—Siempre reservada su mesa, sargento —se apresuró a decir uno de los camareros, llegando a su lado apenas se había sentado.

Rápidamente, quitó el cartelito que acotaba la estratégica mesa en ausencia del sargento, que la reservaba a diario siempre que pasaba por la capital de los rascacielos.

Cuando terminó la pieza de baile, las parejas que evolucionaban en la pista regresaron a sus mesas.

Parte de la pista comenzó a despegarse del suelo, alzándose unos tres pies, por medio de un mecanismo hidráulico invisible debido a los cortinajes que lo protegían.

Quedaron encendidos varios focos de luz, predominando los colores escarlata y rojos. Luego, un agudo largo y vibrante del clarinetista de *jazz*, anunció a la gran estrella del espectáculo.

—¡Amigos, con ustedes... «Blonde Snake»! —dijo una voz masculina a través de los altavoces.

Un grito de entusiasmo, unido a los aplausos de los clientes más comedidos, acogieron a la artista.

«Blonde Snake» apareció brillante, atractiva con todo su esplendor.

Sólo mostraba sus manos a partir de la muñeca misma y su cabeza, ya que el atavío que lucía se cerraba alrededor de su cuello.

Raquel Andrews vestía una prenda dorada con un dibujo apenas perceptible en forma de escamas y que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel.

En la cintura llevaba una tira de cuero ancho con una gran hebilla áurea, y ostentaba brazaletes en muñecas y tobillos con grandes piedras de distintos colores. También colgaban piedras del collar que caía por entre su busto, casi hasta tocar la hebilla del cinturón.

Nat Deimos aspiró el humo de su cigarrillo sin apartar la vista de la atractiva rubia cuyo cabello pendía largo y lacio sobre sus hombros y espalda. No hizo ningún gesto, pero ella, al mirarle, le dedicó un disimulado beso lanzado a distancia por sus sensuales labios.

Raquel se dejó llevar por la música, que comenzó a interpretar el conjunto de *jazz*, y su voz sensual, algo oscura, sonó en el local.

—¿Puedo sentarme contigo?

Deimos giró su cabeza hacia el hombre que acababa de llegar junto a él y que vestía el mismo uniforme de la aviación.

—Hola, Dean, siéntate.

El sargento Dean Iliosky, copiloto del «Douglas DC-3»

(aparato más conocido por «Dakota») que transportaba a los paracaidistas de Deimos, venía ya con su vaso de *whisky* en la mano.

Lo colocó sobre la mesa, cubriéndolo ligeramente con la mano mientras lanzaba una rápida mirada hacia su espalda.

—Está ahí tu capitán.

—No lo he visto, acabo de llegar —repuso Nat casi indiferente.

—No puedo tragarlo. Cada vez que le veo siento náuseas...

—Sí, el capitán Royce es un tipo desagradable, pero hay que aguantarlo. ¡Así es el ejército!

—Por su culpa he perdido una semana de permiso —gruñó malhumorado Iliosky. Bebió un sorbo de licor—. Es un tipo que siempre anda a la caza de pillar a alguien en falta. Disfruta haciendo daño, es un sádico por naturaleza. No sé cómo lo graduaron West Point.

—Tipos como el capitán Royce los hay en todas las esferas sociales y profesiones, y no queda otro remedio que aguantarlos. Peor estoy yo que nadie; es mi superior.

—¿Y no has solicitado el traslado?

—Todavía no. En realidad no nos hemos enfrentado. Él se limita a darme órdenes.

—Parece que tiene cuidado contigo. Será porque le inspira respeto el campeón de boxeo del regimiento y el mejor profesor de judo que tienen los paracaidistas. No debe querer verse convertido en un nudo humano.

—Vamos, Dean, no digas tonterías. Él es un oficial, no puedo pegarle.

—Algún día te obligará a que lo hagas, ya lo verás, y cuando hayas cometido esa tontería, habrá terminado tu carrera en el paracaidismo.

Nat Deimos apenas dio una ojeada al capitán Royce, sentado en una mesa situada en un ángulo de la sala. Estaba solo, y sus pupilas brillaban con la astuta malicia de un zorro.

—Bah, Dean, no hay que preocuparse.

El sargento Iliosky bebió otro sorbo de su *whisky* y centró su mirada en «Blonde Snake», la cual se contorsionaba de un modo

lento mientras yantaba sin micrófono.

En aquellos momentos estaba sentada en el suelo, con las piernas estiradas, como puestas una a continuación de otra. Sus manos ondulaban y los brazaletes con grandes cristales policromos, imitación de rubíes y esmeraldas, despedían reflejos que herían las retinas de los espectadores.

—Tienes suerte con tu chica, Deimos. Es una preciosidad.

—Sí, Raquel es una de las pocas cosas que vale la pena contemplar en este mundo —respondió Nat.

Cuando «Blonde Snake» terminó su serie de canciones, fue aplaudida a rabiar, pero ella acabó retirándose del escenario dando paso a otra atracción. Con Raquel Andrews desapareció el clima sensual de la pista.

—Vaya, el capitán Royce se ha largado —comentó Iliosky, dibujando una sonrisa en su rostro picado de viruela.

—Se habrá cansado por esta noche —dijo Nat, apoyando la punta de su cigarrillo contra el cenicero. Después, se levantó—. Hasta ahora, Dean.

—Haces bien en pasarlo en grande, Deimos. Cualquier día de éstos nos vemos metidos en una marisma asiática combatiendo con guerrilleros amarillos.

—Sí, nosotros los americanos tenemos especialidad para luchar contra los amarillos, japoneses, coreanos, chinos y ahora vietnamitas...

Se colocó un nuevo cigarrillo entre los labios, le prendió fuego y finalmente se dirigió a la puerta que conducía a los camerinos.

Varias chicas del club que ya le conocían le saludaron al pasar con miradas de admiración. Nat Deimos no era un hombre vulgar. Su elevada estatura, sus anchas espaldas, el acero de sus ojos y su aire desenfadado y deportivo, hacía que las muchachas suspiraran y desearan la suerte de «Blonde Snake».

—Me parece que esta noche llegas tarde, Nat —le dijo una pelirroja que por toda indumentaria lucía un bikini aderezado con algunas plumas de marabú.

—¿Que he llegado tarde? —preguntó con una sonrisa irónica, mirando a la escultural pelirroja que apoyaba las manos en sus moldeadas caderas.

—Sí. Tu «Blonde Snake» ya tiene visita, y con más graduación

que tú; claro que si el plantón te aburre, yo estaré libre dentro de un rato.

—Lo pensaré, Monique, lo pensaré. Siempre he deseado tener una chica pelirroja.

—Pues a ver cuándo se cumplen tus sueños —dijo ella.

Le dio un beso fugaz en los labios y se alejó contorneándose hacia la salida de la pista. Pronto tocaría su número.

Nat conocía a Raquel y sabía que no iba a darle plantón. Caminó hacia el camerino, cuya puerta aparecía cerrada, y se detuvo al escuchar voces que provenían del interior, pero que podían oírse claramente desde el pasillo por el que circulaban apresuradamente los que trabajaban entre bastidores en el importante club neoyorquino.

—¡Márchese! —ordenaba con energía la voz de Raquel Andrews.

—Vamos, vamos, preciosa, me gustas...

—Me parece que no me ha entendido. ¡Le he dicho que se marche!

—Ni pensarlo...

Las aletas del sargento Deimos se movieron al aumentar la celeridad de su respiración. Sus puños se iban cerrando por momentos, hasta que los nudillos blanquearon...

Abrió la puerta de un solo golpe y se detuvo bajo el umbral.

El capitán Royce estaba acorralando en un ángulo a la muchacha.

—Ya ha oído a la chica, capitán. Márchese.

—¡Nat! —exclamó ella, como ante una tabla de salvación.

Royce miró al sargento con sonrisa irónica y desdeñosa a la vez.

—No me estará dando órdenes, ¿verdad, sargento?

—Lárguese —repitió con voz ronca, amenazadora.

En su frente nacieron varias arrugas que nada bueno presagiaban.

—Hágalo usted por mí, vuelva con su sección. Mañana ya hablaremos de su forma de tratar a un superior.

—No me ha oído bien, capitán. Márchese. Aquí no estamos en un acuartelamiento ni usted se está comportando como un caballero ni como un oficial de paracaidismo.

—No será usted quien me dé lecciones, ¿eh?

—¡Canalla! —increpó «Blonde Snake», alzando uno de sus

brazos y abofeteando a Royce.

Éste reaccionó con prontitud, lanzando un revés sobre el rostro femenino que le hizo girar de golpe.

La sangre se agolpó en las venas de Nat Deimos. Su diestra se alargó cogiendo por el brazo al oficial, quien, al parecer, esperaba su ataque, ya que proyectó su puño con deseos de aplastar la faz del sargento.

Para su desgracia sólo encontró el vacío, al tiempo que era volteado en el aire por el judoka, que acabó propinándole un gancho en el mentón.

Royce salió disparado contra la puerta, saltando las bisagras de ésta. Madera y oficial cayeron en medio del corredor espectacularmente y con gran ruido.

Raquel se levantó para ponerse junto al sargento, abrazándole con desesperación.

—¡Oh, Nat, qué tipo más sucio! —se lamentó.

Los curiosos, la mayoría de ellos empleados del club, rodearon al caído, que comenzó a incorporarse tocándose la barbilla.

Sus ojos despedían un odio intenso al mirar a Deimos y su cara estaba roja de rabia y de vergüenza. Uno de los camareros intentó ayudarlo.

—Suélteme —masculló el oficial, apartándole brusco. Después se puso en pie y se encaró con Deimos—. Nos volveremos a ver, sargento, y se acordará de esto. Pegar en público a un superior trae muy malas consecuencias. Degradación, cárcel y quizá hasta expulsión del Cuerpo.

Luego, se alejó lentamente.

—Nat, ¿será capaz de denunciarte? —inquirió Raquel, preocupada.

—Me temo que sí. Tendré que empezar a buscar otro empleo.

—Sí, también creo que tendrás que hacerlo —dijo el sargento Dean Iliosky, apareciendo junto a ellos—. Ya te dije que te obligaría a ello. Royce es un tipo despreciable.

CAPÍTULO II

Todavía olía el perfume de Raquel Andrews cuando salió a la calle.

Era de madrugada y hacía frío. Nat Deimos pensó un instante en la rubia que había quedado arriba en su apartamento. «Blonde Snake» era hermosa y ella lo sabía.

Nat se había prometido no casarse jamás, pero cada vez que recordaba tal promesa, en su mente aparecía el rostro de la muchacha.

—¡Taxi!

A la llamada, el automóvil pintado de amarillo hizo rechinar sus neumáticos y se detuvo junto a él. Luego, un portazo y...

—¿Adónde? —Gruñó el chófer malhumorado, por estar trabajando a aquellas horas de la madrugada.

—Al aeropuerto La Guardia —dijo Deimos acomodándose en el asiento.

El coche era veloz y el chófer experto. El viaje se hizo corto.

Abandonó el taxi frente a las dependencias militares del segundo aeropuerto neoyorquino. Miró la cantina y vio a sus hombres en ella. Hundió las manos en los bolsillos y siguió caminando. No tenía ganas de charlar con ellos en aquellos instantes.

Fue hasta el hangar en que estaba encerrado el avión. Subió por la escalerilla de mano al aparato y encontró al sargento picado de viruela, copiloto del «Dakota».

—Hola, Dean.

—Vaya, has venido pronto. Aún falta más de una hora para partir.

—Lo sé —dijo lacónico.

Sacó su paquete de cigarrillos y lo tendió a Iliosky, que cogió uno.

—Ha estado aquí el coronel Threvor.

—¿Sí? —exhaló el humo del cigarrillo mientras se sentaba en el sillón de mando—. Creí que no estaba en Nueva York.

—Pues ya ves, ha venido y regresará con nosotros a Washington.

—¿Se ha traído su paracaídas? —inquirió con sorna.

—No, creo que no, pero parecía malhumorado. Ha estado un rato aquí y luego se ha marchado.

—¿Malhumorado? ¿Ya ha visto al capitán Royce?

—Creo que sí. Me temo que nadie va a poder evitar que cuando lleguemos a Washington te empapelen.

—Si lo hacen, me permitiré el placer de romperle la cara a Royce.

—Parece que a él eso le tiene sin cuidado. Quería arrestarte esta noche misma, pero el coronel le ha dicho que esperara, que en Washington se revisaría el caso.

—El coronel es un buen tipo.

—Sí, y parece que te aprecia. Conoce tus cualidades y no quiere perder al mejor sargento que ha tenido.

Nat Deimos chupó de nuevo su cigarrillo y miró a través del gran parabrisas de la cabina de mando.

La puerta del hangar reservado a los aparatos militares estaba abierta y podían verse las luces de la sala de espera del aeropuerto. Luego, una de las pistas, iluminada con los focos antiniebla. La luz amarillenta semejaba difuminarse. No podía decirse que existiera bruma, pero sí una neblina ligera contra la que debían estar prevenidos.

—¿Ya están preparados los paracaídas? —preguntó Nat.

—Sí. Tus muchachos los han dejado listos en el avión.

—¿Quién los ha revisado?

—El propio capitán Royce en compañía del coronel. Luego, se han largado. Por cierto, me agradecería tomar un café caliente. ¿Me acompañas?

—No, prefiero estar aquí hasta que llegue la hora.

—Como gustes. Yo voy a la cantina y regreso enseguida. He de dar los últimos toques a este cacharro antes de que se presente el comandante y lo quiera poner en marcha.

—Bien. Puedes ir tranquilo. Estaré aquí hasta que regreses.

El sargento Iliosky dio una palmada sobre el hombro de Deimos y abandonó el aparato.

Nat le vio alejarse por la puerta del hangar y se quedó solo.

El tiempo fue transcurriendo, no supo si deprisa o lentamente. No miraba su reloj de esfera luminosa. Sólo supo que el tiempo había pasado por la cantidad de cigarrillos que había consumido mientras pensaba en Raquel, en el capitán Joyce y en todo lo que había sucedido.

—Buenos días, sargento —saludó uno de sus cabos.

Iliosky regresaba con él, y tras ellos, el resto de la sección de paracaidistas.

Iliosky tomó su puesto y Nat saludó a sus hombres.

—Hola, muchachos. Hace frío, ¿eh?

—Un poco, sargento —contestó uno de ellos.

Se escuchó un ruido y un tractor de arrastre apareció en el hangar. Tiró su cable y enganchó al «Dakota».

El reactor comenzó a moverse y fue arrastrado hasta la misma pista libre para él. Luego, quedó quieto.

No tardó en llegar junto a su puerta un «jeep», del que descendieron el comandante del aparato, el coronel Threvor y el capitán Royce. Los tres subieron al avión en el instante en que se encendían los focos de aquella pista lateral del aeropuerto La Guardia.

Al penetrar los oficiales en el avión, se produjeron los saludos pertinentes. El coronel miró a Deimos con reproche y Royce lo hizo con odio.

Los motores zumbaron, y poco después Nueva York era un punto de luz que se perdía bajo sus pies.

Dentro del
«DC-3»,

los hombres guardaban silencio, sentados en sus puestos con los cascos y los paracaídas colocados, preparados para saltar en el momento en que se lo ordenaran.

Sólo se escuchaba la voz de Iliosky hablando por radio con los aeropuertos que controlaban la ruta a su paso.

La negrura de la noche desapareció para dejar paso a la débil claridad del alba.

La ciudad de Washington no tardó en quedar bajo sus pies. El Pentágono estaba a la vista, pero el «Dakota» continuó su vuelo en dirección al aeropuerto militar situado en las afueras de la ciudad.

—Presten atención —ordenó por el dictáfono interior la voz del capitán Royce, también un experto paracaidista.

Se produjo un ligero murmullo entre los hombres y luego se hizo el silencio.

—No aterrizaremos con el aparato. Vamos a descender en paracaídas. El coronel nos estará observando... Hemos de demostrarle que el entrenamiento no ha sido baldío y que podemos ser llevados a la zona de combate en el sudeste asiático cuando el Mando Superior lo juzgue conveniente. El descenso se hará en caída libre.

Al escuchar las últimas palabras pronunciadas por el capitán Royce, todos quedaron quietos, con los músculos tensos. La caída libre siempre implicaba un riesgo letal.

—La caída libre no será obligatoria —agregó la voz del propio coronel, tomando el micrófono con la diestra—. Los que deseen lanzarse con el doble paracaídas pueden hacerlo, tomando los últimos lugares en el salto para evitar accidentes.

El capitán Royce confirmó:

—Ya han oído. El que quiera, que lo haga. En caso contrario, nadie va a reprocharles nada. Yo saltaré con ustedes.

Deimos tomó el micrófono que había junto a su cabeza e inquirió:

—¿Cuál será la zona de caída?

Había omitido voluntariamente el tratamiento de «capitán» o «señor», y Royce respondió con tono duro, aunque sin referirse a ello, ya que el propio coronel estaba a su lado.

—El campo de *rugby*, y prepárense ya junto a la puerta. Ahora mismo estoy con ustedes.

La puerta del aparato se abrió y pudieron ver el campo de *rugby* mientras el comandante del «Dakota», ayudado por el copiloto, hacía que el aparato tomara más altura para que la caída libre resultara menos peligrosa y los temerarios paracaidistas tuvieran tiempo de abrir la seda cuando lo creyeran necesario.

Todos se habían desprovisto del paracaídas principal, quedándose solo con el de seguridad, de tirón a mano y a voluntad.

Apenas apareció el capitán Royce junto a ellos, se encendió la luz verde.

—Adelante —ordenó el sargento Deimos, mientras el coronel

Threvor, desde la cabina de mando, controlaba los saltos.

El primero de los hombres desapareció en el vacío y tras él fueron cayendo los demás.

El campo de *rugby* era apenas un punto bajo ellos y los paracaidistas descendían a plomo.

Al final quedaron el capitán Royce y el sargento Deimos. Este último dijo:

—Adelante, capitán.

Le sigo.

—Bien, veremos hasta dónde me sigue.

Royce se lanzó al vacío y Deimos tras él.

Los primeros hombres llegaban ya sobre el césped del campo, pero Royce y Deimos fueron pasando a otros que parecían flotar en el aire con sus paracaídas mientras ellos, cayendo todavía sin paracaídas, pasaban raudos por su lado, como meteoritos.

Nat sentía una vez más aquella sensación de ingravidez, de flotar en el aire mientras el viento azotaba su cara. Sus manos semejaban nadar. Royce estaba unos metros más abajo.

—El suelo se aproximaba aceleradamente. Los que estaban abajo e incluso los que aún estaban cayendo con los paracaídas, miraban con espanto a Deimos y a Royce, que continuaban bajando sin abrir su paracaídas. Ambos deseaban apurar hasta el último instante para ver quién se arriesgaba más de los dos.

De pronto, ya en los límites de lo mortal, el capitán Royce asió la anilla de su paracaídas y tiró de ella. La cinta saltó, pero el paracaídas no se desplegó.

Dos segundos más tarde, Deimos hizo lo propio. Captó lo que le sucedía a Royce y trató de lanzarse sobre él para agarrarlo con sus manos e intentar salvarlo con su paracaídas, cosa arriesgada, pues el pequeño artefacto no resistiría el peso de ambos y bajarían con excesiva celeridad, la suficiente para matarse los dos.

—¡Capitán, tienda sus manos! —gritó cuando se desplegaba en el aire formando un gran hongo moteado de caqui y oscuro. Era un paracaídas de camuflaje.

Royce comprendió lo que le estaba pasando. Alargó sus manos, pero sus dedos apenas rozaron los de Deimos.

Todo sucedió en décimas de segundo. El paracaídas de Nat frenó a éste en su descenso, más Royce siguió bajando cada vez con

mayor celeridad.

Vio caer el cuerpo sobre el césped y a causa de las orejeras no pudo escuchar el golpe sordo que produjo la caída de Royce.

Al llegar al suelo, Deimos dio una voltereta sobre sí mismo. Se quitó el paracaídas y corrió hacia el capitán, ya rodeado por sus hombres.

Al llegar junto a ellos, el cabo le notificó con semblante grave:

—Ha muerto. Ha sido el único al que ha ido mal.

—Mala suerte —se lamentó Nat Deimos cuando, a lo lejos, ululaba ya la sirena de una ambulancia. Desde el control del aeropuerto, también se habían percatado de la infortunada caída del capitán Royce, gracias a los prismáticos de larga distancia.

—¡No fue mala suerte! —gritó el fiscal Hayden, arrancando a Nat Deimos de sus recuerdos y volviéndole a la realidad presente, donde se le juzgaba en un consejo de guerra sumarísimo.

—Capitán Smoll, ocupe el puesto de los testigos —ordenó el mayor Hayden.

El nuevo testigo tomó asiento en el lugar que acababa de dejar libre el sargento Iliosky tras su declaración.

—Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad —dijo con la diestra sobre la Biblia.

—Díganos, capitán Smoll, ¿cómo encontró el paracaídas del occiso?

—Estaba cosido de parte a parte, dentro de la propia funda, por un hilo de seda difícil de advertir.

—¿Fue este hilo el que impidió que el paracaídas del capitán Royce se abriera cuando éste más lo necesitaba?

—Sí, no cabe duda. El hilo fue el motivo.

—¿Y este hilo pudo quedar atravesado en la seda por una infortunada casualidad?

—En absoluto. Tuvieron que utilizar una aguja para coser el paracaídas de parte a parte, cosa que pudo hacerse en cinco segundos poco más o menos y sin sacar el paracaídas de la funda, atravesando ésta inclusive.

El mayor Carrigan, el defensor, se levantó para pedir:

—¿Podría usted demostrarlo, capitán Smoll?

El fiscal no protestó por la intromisión; al contrario, sonrió complacido.

—Desde luego, y ahora mismo, mayor. He traído un hilo semejante para poder reproducir lo ocurrido.

Ante el público y demás presentes, en menos de cinco segundos, el capitán Smoll, de «M.P.», cosió un paracaídas de prueba y del tipo utilizado por el fallecido capitán Royce.

Lo atravesó de parte a parte, haciendo un pequeño nudo y cortando luego el hilo de un tirón.

—Ya está.

—Magnífico, capitán Smoll —aplaudió el fiscal—. Ha quedado demostrado que el capitán Royce fue asesinado con premeditación y alevosía, inutilizando el paracaídas que se sabía de antemano iba a emplear.

—¡Yo ignoraba que nos fuéramos a lanzar en paracaídas! —protestó el propio Deimos.

—Sargento, no hable si no se le pregunta —ordenó el general juez del tribunal.

—El sargento Deimos se quedó solo en el avión. No sólo tuvo cinco segundos, sino una hora entera para hacer su trabajo a conciencia. Permaneció sólo en el aparato tras la marcha del sargento Iliosky a la cantina.

El mayor, casi con saña, fue presentando pruebas y hechos que acusaban a Deimos.

La defensa pasó inadvertida. Sus argumentos pecaron de flojedad, no podía rebatir los hechos que el fiscal había presentado. Sólo podía alegar lo que su defendido repetía: «Es inocente».

Cuando le obligaron a ponerse en pie, Nat Deimos aparecía tranquilo. Miraba con desdén a quienes le rodeaban. Sin embargo, no les culpaba. Los hechos habían sucedido con infortunio para él.

—Sargento Nat Deimos, será degradado de su cargo, recluido en la prisión militar de Potomac y en el plazo máximo de quince días será colgado de la horca por el cuello hasta morir. Que Dios se apiade de su alma. El juicio ha terminado.

Sonó el golpe de mazo que apenas resultó audible entre los murmullos y comentarios que llenaron la sala.

Uno de los guardianes que le custodiaban, juntó las muñecas de Deimos a su espalda y acto seguido se escuchó el sonido metálico de las esposas al cerrarse.

—Lo lamento, muchacho. Veré qué se puede hacer con la

apelación al presidente.

—Me temo que nada, coronel. Sólo siento una cosa.

—¿El qué? —preguntó el coronel Threvor, mientras el mayor Carrigan, su abogado, bajaba la cabeza vencido.

—Que habré de compartir el infierno con el capitán Royce.

Deimos caminó hacia la salida. El público ya había abandonado la sala, pero, sentado en uno de los bancos, vio a Raquel Andrews.

Su rostro estaba lívido y de sus ojos grandes, rasgados, brotaban unas lágrimas silenciosas.

Él le sonrió como si nada tuviera importancia y prosiguió su camino, una etapa que duraría quince días y que culminaría en la sala del patíbulo.

Una vez más, el juicio del hombre se había equivocado. Sólo faltaba la última baza que habría de jugarla el destino.

CAPÍTULO III

Nat Deimos miró hacia lo alto. El ventanuco, situado casi a diez pies del suelo, a ras de techo, estaba cerrado por dos gruesos barrotes de hierro. Por él entraba luz y aire suficientes para respirar, ya que la puerta era totalmente de plancha de acero, con una pequeña mirilla desde la cual mantenían su vigilancia.

—Trece días —musitó.

Sabía bien que lo mismo podían ahorcarlo al amanecer siguiente que al otro. Horas, pues, eran lo que le quedaban de vida y la espera para ser conducido al matadero, como llamaban los condenados al patíbulo (situado en un ábside, en el centro del corredor de la muerte) se hacía angustiosa.

No podía ver el cielo, ya que la pared era de un grosor considerable. La penitenciaría en que se hallaba recluido era de una dureza extremada y siempre fuertemente vigilada.

Estaba ubicada dentro del acuartelamiento de un regimiento de Caballería aerotransportada, pero de la custodia del recinto de la prisión en sí se hacía cargo la «Military Police», perteneciente cada mes a un Cuerpo de ejército distinto. Dicho relevo se efectuaba porque los reclusos en la prisión militar podían pertenecer a cualquier Cuerpo, fuera Marina, Tierra o Aire.

Nat escuchó pasos por el corredor. Pese al poco tiempo que llevaba allí, había aprendido a conocer si estaban acercándose o alejándose, e incluso a distinguir los tipos de calzado.

Los pasos continuaron aproximándose a su celda.

La mirilla sólo se abría por el exterior y no podía ver quiénes eran los que se acercaban. Por otra parte, no podía ser el grupo fatídico que le condujera a la horca. Eso solía hacerse al amanecer, y ya eran las nueve.

¿Tendría visita? Pronto lo sabría, ya que una llave giró en el candado que aseguraba el cerrojo por el exterior. De esta forma los

presos no tenían agujero o cerradura en el que pudieran manipular con algún artilugio realizado por ellos mismos.

La Dirección de Prisiones sabía bien que un hombre, puesto en la situación límite y encerrado en una celda, va desarrollando su habilidad manual y aumenta su astucia de tal forma que acaba consiguiendo lo que en principio, a un hombre normal de la calle, le parecería imposible. El cerebro se supera y trabaja arduamente en busca de la libertad.

Cuando la puerta se franqueó vio a dos vigilantes y a otros dos hombres. Sólo uno de ellos iba de paisano y al otro lo reconoció al instante. Era el coronel Threvor.

—Hola, sargento.

—No me llame así, coronel. Ya he sido degradado —dijo Nat con sarcasmo, dejándose caer en el catre y cruzando sus manos tras la nuca—. Ahora sólo falta que me pongan la corbata.

—Déjenos solos —pidió con energía el hombre de paisano.

Los vigilantes obedecieron y la puerta fue cerrada, dejando a los visitantes en compañía del condenado a muerte.

Nat miró al hombre vestido de negro y que cubría su cabeza con un sombrero tan oscuro como el resto de su traje.

Era un sujeto de camisa y manos impecables, de una edad semejante a la del coronel, aunque mejor conservado que éste y de una mirada aguda, observadora.

—Venimos a ofrecerle una oportunidad para salvar su vida.

—¿Ah, sí? ¿Quién es usted, el presidente de los Estados Unidos? Por lo que veo, no estoy al tanto de las últimas elecciones.

—Déjate de bromas, Deimos —atajó Threvor—. Él es el inspector federal Ellis, agregado al Pentágono.

—Vaya, un inspector del famoso FBI en mi celda. Además del mochuelo de un asesinato, ¿qué van a colgarme ahora, estupefacientes, trata de blancas, alto espionaje? Da lo mismo, pueden colocarme lo que les apetezca. Después de todo, ya estoy condenado a muerte y no pueden degradarme más.

—No seas tan mordaz, Deimos. Nosotros no te hemos acusado de nada. Ha sido una corte marcial autorizada.

—Sí, una corte que condena a un inocente.

El coronel calló, mientras el inspector sacaba su cajetilla de cigarrillos, que tendió al condenado a muerte tras tomar él uno.

—Gracias, federal.

Al ver que le devolvía la cajetilla, Ellis dijo con naturalidad:

—Puede quedarse con ella. Le hará la espera más corta.

—Sí, es cierto, se me han acabado los pitillos. Aún no me han preguntado cuál es mi última voluntad, y seguramente pediré una cajetilla de buenos cigarrillos.

—Es usted un hombre de temple —opinó Ellis.

—¿Qué pensaba, que iba a encontrar un hombre desesperado? —preguntó peyorativo. El coronel de paracaidistas intervino—: Un hombre que es capaz de rebasar los trescientos pies del nivel del suelo con el paracaídas cerrado es incapaz de sentir miedo.

—Sí, es algo muy arriesgado...

El federal expulsó el humo y se encaró de nuevo con Nat, que seguía tendido en el catre, con una mano bajo la nuca, mientras que con la otra sostenía el cigarrillo. Inquirió:

—Bien, ¿qué responde a mi oferta?

—Bien, bien, tendré que empezar a pensar que habla en serio.

—Pues muy en serio te habla, muchacho —advirtió el coronel—. La apelación ha sido denegada por el presidente. No quería decírtelo hasta el último instante, pero debido a las circunstancias creo que es conveniente que lo sepas.

—Vaya, de modo que he de morir en la horca, a menos que el inspector... ¿cómo ha dicho que se llama?

—Ellis —dijo pacientemente el federal.

—Bien, Ellis, ¿cuál es la oportunidad de vida que me ofrece: treinta años a trabajos forzados o quizá cadena perpetua?

—Le brindo una libertad inmediata.

Nat dio un brinco sobre el catre y se sentó en él.

—¿Es cierto que me ofrece una libertad inmediata?

—Tan verdad como que estoy aquí.

Pasado el primer momento de sorpresa, Nat se dejó caer hacia atrás apoyando su espalda contra la pared.

—¿Y qué va a pedirme a cambio?

—Deimos, estás condenado a la horca. La libertad que se te ofrece, sea al precio que sea, siempre será barata —advirtió el coronel.

—Eso es cierto —admitió Deimos—. Hable, federal... Tengo las antenas preparadas para escucharle.

—Confieso que me agrada usted, Deimos. Es un tipo que vale, y si no fuera por lo del asesinato del capitán Royce...

—Yo no lo maté, y si lo hubiera hecho, habría sido delante de todos y con mis propios puños.

—Le creo, pero lo que yo piense, por muy federal que sea, no sirve de nada.

—Por si le sirve a usted de algo, Deimos, yo también le creo.

—Es cierto lo que le ha dicho el coronel. El FBI, a través del Pentágono, buscaba a un hombre de sus condiciones y el coronel, que confía en su inocencia, se apresuró a comunicar que usted era el tipo idóneo.

—Sea para lo que sea, gracias coronel —agradeció Nat.

—Muchacho, espero que salgas de ésta. Después de todo, de la horca no ibas a escapar.

El inspector Ellis se sentó en el catre.

—Le ofrecemos una misión digamos policíaca.

—¿Necesitan a un suicida que se meta en la boca del lobo? —preguntó casi divertido, mientras era observado atentamente por sus interlocutores.

—Algo así. Usted es un hombre de temple, un hombre que merece la posibilidad de salvación si se la gana. Además, es un tipo que conoce los bajos fondos de Nueva York. —¿También saben eso?

—Se sorprendería de las cosas que sabemos sobre usted. Cuando el FBI utiliza a un hombre, lo sabe todo de él.

—Entonces, adelante.

—Es mejor que seas comprensivo, Deimos —dijo el coronel.

—Usted saldrá de esta cárcel para indagar y buscar. Será una especie de catalizador. —Puede llamarme cebo tranquilamente. Necesitan pescar a un pez gordo y yo voy a ser el gusano.

—Está de muy buen humor para lo que le espera —opinó el federal—. En fin, usted va a relacionarse con el hombre y sus secuaces que buscamos y, aun a riesgo de su vida, lo hará saltar para que nosotros podamos ponerle las manos encima.

—¿Y para este divertido trabajo por qué no emplean a uno de sus brillantes agentes salidos de Quántico? —le preguntó jocoso.

El inspector Ellis sonrió amargamente.

—La respuesta es fácil. Ya han eliminado a doce de nuestros agentes. Ahogados en el Hudson River, desaparecidos, acribillados a

balazos y el último sufrió una desafortunada caída desde el piso treinta de uno de los rascacielos del Rockefeller Center.

—Treinta pisos, una buena altura. Debió llevar para —caídas.

—No estamos para chistes malos, Deimos —gruñó el coronel.

—Bien, el caso es que creemos que el hombre que perseguimos, su organización, tiene a uno de sus hombres metido en el FBI y conoce nuestros pasos.

—Yo no pertenezco al FBI, pero van a enterarse lo mismo si...

—Antes de que prosiga le diré que sólo el coronel y yo conocemos que usted va a trabajar para nosotros.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se van a creer que estando condenado a la horca he podido salir tranquilamente de esta prisión?

—Usted abandonará la prisión por sus propios medios, fugándose, arriesgando el pellejo en todo momento, porque todos tirarán a darle y no habrá mano que les detenga. Le aseguro que el plomo va a llover sobre su cabeza.

—¿Y si caigo?

—Buscaremos a otro hombre que ocupe su lugar.

—Son ustedes muy prácticos, pero por lo menos no se muerden la lengua —replicó Deimos sarcástico—. Pero háganme más de esto, puede que me interese mucho.

—Ya le he dicho que usted saldrá de esta cárcel. Naturalmente, nosotros le facilitaremos algo las cosas.

—Menos mal. Siga. Oír hablar de lluvia de plomos sobre mi cabeza me parece un cuento de hadas comparado con la presencia del cáñamo de la horca.

—No creas que será cosa fácil, Deimos —atajó el propio coronel—. Por lo que me ha dicho el inspector Ellis, la organización que desean destruir es peligrosa y no se detiene ante nada.

—¿Y puede saberse a qué se dedica esa organización que parece el coco del FBI?

—Al «racket», un «racket» interestatal. Lo mismo operan en Los Ángeles, California que en Nueva York o Chicago.

—¿Y por qué hablan tanto de Nueva York, entonces?

—Porque tenemos la creencia de que su guarida está en la ciudad de los rascacielos.

—¿Y tan difícil es destruir una banda de extorsionistas? ¿Acaso es la Mafia?

—No, no es la Mafia —se apresuró a aclarar el federal—. Es una organización que emplea menos hombres, creemos que contadísimos, pero mucho más eficientes y están causando el terror entre los potentados de la nación, que nos exigen a marchas forzadas que acabemos con ellos.

—¿Les amenazan con matarlos? —preguntó Deimos ya más interesado.

—Les anuncian que van a destruir sus rascacielos, sus fábricas, sus grandes almacenes o trasatlánticos.

—¿Y lo consiguen?

—Sí. Hasta ahora y muy a pesar nuestro, hay que reconocer que operan con el signo positivo de su parte. Consiguen sus objetivos con una precisión matemática y según los extorsionados, vale más pagar que ser destruidos, mientras no se acabe con ellos.

—Si piden poco —opinó Deimos.

—Nunca menos de un millón de dólares.

—¡Diablos! Esos tipos no se andan por las ramas. ¿Han cobrado varias veces?

—Sí. Han habido varios que han pagado y también quienes no lo han hecho, han visto deshecho su patrimonio. Su última hazaña fue la destrucción del rascacielos Golden, en Boston.

—¿El Golden? ¿Con cincuenta pisos de altura? —repitió Deimos asombrado.

—El mismo. Voló su base y el rascacielos se vino abajo.

—Moriría mucha gente —objetó Deimos.

—No. Ellos advierten cuando van a volar un edificio y el rascacielos fue desalojado. Resultaron cuatro policías heridos, pero nada más, y su propietario vio patéticamente cómo se derrumbaba su obra, cosa que parecía totalmente imposible, pues con anterioridad se había registrado hasta el último escondrijo del rascacielos y no se había hallado nada.

—¿Y con qué se voló?

—Con potentes cargas de plástico, seguramente activadas a distancia por control remoto de radio.

—Vaya, parecen tipos que saben lo que se hacen. Podrían mandarlos al Vietnam.

—Creemos que por lo menos algunos miembros de la organización que se hacen llamar «los Cumplidores», son militares o

lo han sido.

—¿Su hipótesis se basa en algo concreto?

—Verá, en una de las calles adyacentes, es decir, en un patio lleno de basura y coches en desuso, se encontró el cadáver de un hombre vestido de negro y con el rostro tiznado. Llevaba un paracaídas de seda negra y precisamente la noche que escogieron era negra sin luna. Siempre eligen noches semejantes.

—¿Quiere decir que pudieron venir desde el aire en paracaídas?

—Es muy probable —respondió Ellis.

—Pues sí, parece que fueran paracaidistas por la forma de actuar. Quizá lucharan en la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué han averiguado más sobre ese hombre?

—No llevaba documentos encima, pero sus huellas dactilares nos revelaron que fue paracaidista, expulsado del cuerpo por robo.

—Bonito expediente. En fin, ahora lo que desean es que yo busque a esos «Cumplidores» y me ofrezca como suplente del que se estrelló contra la basura, ¿no?

—El medio de encontrarse con ellos es cosa suya, Deimos. Nosotros le seguiremos, no lo dude, y cuando haga saltar los muelles de la organización intervendremos. Sin embargo, no espere ayuda en ningún momento.

—No dirá ahora que ustedes también van a disparar contra mí, ¿eh?

—Si se pone a tiro, mis hombres lo harán —advirtió Ellis grave.

—¿Y usted también?

—Si me veo obligado, porque tengo a alguien a mi lado, no dude que lo haré. Su colaboración será en el más estricto secreto y mientras, la «Military Police» le buscará con todo despliegue de medios, ya que es un condenado a muerte. Si ellos le descubren, puede darse por muerto.

—Todo un panorama, pero cuando el caso concluya, si es que ocurre ese milagro, ¿qué sucederá conmigo? ¿Los de la «MP» sabrán dónde estoy?

—Entonces se revisará su caso. Tendrá una nueva oportunidad de demostrar su inocencia.

—¿Y si no lo consigo?

—Entrará en acción el presidente de Estados Unidos, previo informe que le remitiremos nosotros.

—Bueno, es una tenue esperanza contra nada. Sin embargo, tengo que aceptar de todas formas, ¿no?

—No le queda otro remedio.

—Parece que el asunto me conviene. Siempre es mejor morir luchando que con las manos atadas a la espalda y el cáñamo alrededor del cuello. Será más divertido.

—¿Le gusta la lucha? —preguntó Ellis.

Quien respondió fue el propio coronel.

—Si no le agradara la lucha, no se habría hecho paracaidista.

—Una buena razón —aceptó el federal.

—Ahora, ¿pueden explicarme cómo saldré de este celducho?

El federal se volvió hacia el coronel. Extendió su mano y pidió:

—¿Me da su gorra, coronel?

—¿Mi gorra? ¿Para qué?

—Usted entréguelamela. Se la devolveré enseguida.

Extrañado, Threvor tendió su gorra de uniforme al federal. Éste, con dedos hábiles, extrajo del interior del forro una extraña y pequeña herramienta doble. Ambas piezas estaban unidas por uno de sus lados. Ellis accionó la pequeña junta y puso una pieza tras otra, quedando de un largo de unas tres pulgadas. Con un tomillo aseguró las dos piezas y luego tendió la herramienta al reo.

—Tenga.

—¿Una pequeña sierra?

—Sí, pero es totalmente de widia. Los barrotes del ventanuco parecerán de mantequilla.

Nat tomó la pequeña sierra de aquel material de dureza extraordinaria y la observó atentamente.

—No está mal, pero haré ruido al cortar los barrotes.

—En esta prisión sirven la comida a las doce en punto. A la una menos cuarto se toca descanso.

A partir de este momento, comenzarán unas obras cerca de aquí y será con martillos neumáticos.

—Harán mucho ruido —rió Deimos.

—Exacto.

—Ustedes piensan en todo —dijo el coronel—, hasta en el modo de meter una sierra en la gorra de un coronel.

—Me ha parecido que no se la registrarían al entrar y como ya de por sí lleva adornos metálicos, pasaría por los controles

automáticos y electrónicos sin contratiempos. Por otra parte, pasar con la convicción de que se lleven las manos vacías siempre resulta mejor. De todas formas, perdone mi atrevimiento.

—Disculpado, inspector Ellis, disculpado —sonrió Threvor.

—No es que tenga miedo, pero con esta ropa me darán caza enseguida.

—No si consigue llegar hasta la confluencia de las calles Sanders y Tennessee. Allí, un «Ford» azul oscuro con matrícula de Virginia le estará esperando. Debajo del asiento encontrará las llaves y en el portaequipajes una maleta con ropa a su medida y también documentos falsos. Desde luego, si no logra rebasar los límites de la prisión y del acuartelamiento, no habrá coche que le salve.

Además, será inútil que hable; nosotros lo negaremos todo y el «Ford» no estará en su sitio.

—Bien, ya conocemos las reglas del juego y sabemos cómo emplearlas. Sólo queda un interrogante.

—¿Cuál? —inquirió Ellis.

—¿Y si una vez he logrado salir a la calle me fugo? Quiero decir fugarme de verdad, que desaparezco del mapa para ustedes y para todo el mundo.

El coronel frunció el ceño, preocupado.

El inspector, mejor sicólogo, continuó tranquilo. Arrojó la ceniza de su cigarrillo al suelo y dijo:

—Confiamos en su palabra, simplemente. De no merecer nuestra confianza no le habríamos elegido y siguiendo el plan demostrará que su inocencia es una realidad, ya que la fuga presupondría culpabilidad absoluta y usted no es de los hombres que huyen por miedo, aunque sea a ser acusado siendo inocente. Usted no huye jamás, Deimos. Conozco a los hombres y sé de qué clase es usted.

—Gracias por sus halagos —repuso Deimos irónico.

El federal sabía bien que no podía amenazar a Deimos. Una intimidación significaba un reto y para un hombre de las cualidades del sargento, un reto era una situación atractiva, ya que en ella podía poner a prueba todas sus cualidades físicas y mentales.

—Muchacho, que tengas suerte —deseó el coronel Threvor.

—Yo también se la deseo y si en algún momento quiere ponerse en contacto con nosotros, ya le facilitaré los medios.

—¿Cómo lo sabré si no me lo dice ahora?

—Cuando llegue el momento se enterará, de este modo sabrá que no está solo, que le seguimos los pasos.

El federal le tendió la mano y Deimos se la estrechó.

—¡Carcelero! —llamó el coronel.

Poco después, Nat Deimos volvía a quedarse solo en la celda con la lima de vidia entre sus dedos.

CAPÍTULO IV

Carecía de reloj, a los condenados no les estaba permitido tenerlo, pero Nat Deimos sabía que faltaba poco, muy poco, para que comenzara su plan de fuga.

La ronda de vigilancia acababa de pasar y el almuerzo ya se había efectuado. Los presos se habían estirado en sus catres.

De pronto, sonaron los martillos neumáticos que, pese a la distancia, causaban un ruido desagradable e intenso.

—¡Maldita sea, ni dormir nos dejan! —Gruñó en voz alta uno de los reclusos en una celda cercana a la de Nat.

No poseía ninguna silla sobre la cual subirse para llegar a los barrotes de hierro, pero debía alcanzarlos como fuera.

Puso la pequeña sierra entre sus dientes. Se pegó a la pared opuesta a dónde estaba el ventanuco y tomando impulso se lanzó adelante, como dispuesto a subir por el muro.

Las fuerzas no le fallaron y su mano se cerró en torno a uno de los barrotes. Luego, sus venas se hincharon mientras ascendía a pulso. Al fin, trabó su antebrazo entre ambos hierros y en una posición sumamente dificultosa comenzó a serrar el barrote. El federal no le había engañado; aquella pequeña sierra cortaba de maravilla.

Seccionó la base del primer barrote y luego se dejó caer tendido inmediatamente sobre el catre.

Necesitaba descansar. Su rostro estaba perlado de sudor.

Transcurrieron los minutos. Luego, miró de reojo a los hierros y no tardó en estar colgado en la pared, aferrado a ellos.

Por la parte exterior cortó casi toda la base superior del mismo barrote, dejando solo una pequeña unión para que éste no cayera.

Renovó fuerzas y volvió a la carga con el segundo hierro. Los brazos le dolían terriblemente y las yemas de los dedos le quemaban por el manejo de la diminuta sierra que se calentaba con

el uso.

Se tumbó en el catre, precisaba descansar. Parte del trabajo ya estaba hecho. Ahora, debía aguardar a la noche para pasar desapercibido en su fuga, cosa difícil con el uniforme de preso y viéndose obligado a cruzar todo el acuartelamiento, sin contar la altura nada despreciable de casi quince pies que separaba el ventanuco del suelo.

La espera se hizo larga, pero al fin llegó la noche, una noche apenas sin luna, sin luz natural. Tras la cena realizaron la primera vigilancia nocturna.

—¿Cómo se encuentra, Deimos? —inquirió el oficial de la guardia desde el umbral de la puerta.

—Bien. Esperando que me pongan la corbata.

—Deimos, no sé si está loco o es el reo más cínico que he conocido, pero le juro que nunca he visto a otro con igual estado de ánimo.

—Será porque los demás piensan que el infierno es peor que vivir aquí arriba. A mí me da lo mismo. Encontraré abajo los mismos cerdos que aquí.

El oficial no contestó. Cerró la puerta y los pasos del grupo de vigilancia se alejaron prosiguiendo con su ronda, sin siquiera recelar los problemas que aquel preso iba a ocasionarles cuando apenas faltaban horas para que le ahorcaran.

Nat esperó una hora más hasta que pasara la segunda vigilancia y a que los ronquidos fueran cosa natural en la prisión del Potomac, cercana a una de las barriadas extremas de la capital de la nación, Washington.

Cuando el ojo del vigilante desapareció tras la mirilla, que sonó metálicamente al cerrarse, Deimos creyó que era el momento oportuno de entrar en acción.

Un coche le aguardaba entre las calles Sanders y Tennessee, pero nadie iba a ayudarlo a llegar a él. En cambio, sí iba a tener muchos tropiezos, quizá con la muerte misma.

Como había hecho varias veces durante la tarde, saltó hacia el ventanuco. La luz de la celda ya estaba apagada y no podía ofrecer su silueta a contraluz.

«Ahora, a ver qué tal ceden», pensó sosteniéndose en el aire, sujeto por una sola mano.

Los barrotes saltaron con facilidad. Luego, su cuerpo se introdujo por el hueco del ventanuco, cosa que no fue fácil debido a la angostura del mismo y a la amplitud de su espalda.

«¿Habría pensado también el FBI en las medidas del ventanuco?», pensó mientras se veía obligado a quebrantar sus propias costillas para salir al exterior.

Al fin consiguió su propósito, pero todavía tenía los pies dentro de la celda y su cabeza estaba boca abajo, con una altura suficiente para convertir su cráneo, si se dejaba caer en aquella posición, en un rompecabezas imposible de componer por un experto arqueólogo.

Se agarró al alféizar con las manos y dio una vuelta en el aire, quedando en una postura extraña y difícil. Más sus pies ya estaban por debajo de su cabeza y Deimos sabía cómo maniobrar su cuerpo en el aire sin punto de apoyo alguno. Por ello, se decidió a lanzarse al vacío.

Sus delgadas zapatillas no hicieron mucho ruido al caer sobre la tierra dura y su cuerpo tampoco al rodar sobre sí para aminorar en flexiones la dureza del choque, una técnica aprendida en el *ABC* del judo, del cual era maestro.

Pese a que el ruido había sido leve, un centinela con cara de bisoño se acercó con su fusil por delante, mirando receloso y en parte pegado a la alambrada que circundaba la prisión propiamente dicha del resto del acuartelamiento.

Deimos se dio cuenta de que no podía escapar corriendo. Se toparía con el otro centinela y entonces estaría perdido.

Se tendió boca abajo y alargó su mano al tiempo que llamaba en voz no muy alta, para que sólo pudiera escucharle el soldado:

—Centinela, centinela...

El guardián le miró extrañado y perplejo. La voz había sonado angustiada.

«¿Una mano? Puede que esté muriéndose...», decidió el vigilante.

Deimos sintió que sobre su espalda se apoyaba la boca del cañón del arma y si el joven llamaba al oficial de guardia dando la alarma estaba perdido.

—¿Qué, quién es? —preguntó apenas sin ver, dada la escasez de luz en aquella noche.

La mano del sargento Deimos tiró del cañón del fusil, atrayendo también al centinela que cuando iba a gritar se encontró con un golpe en la boca que se la cerró, tiñéndosela de sangre. Luego, sin tiempo para revolverse, vio cómo aquel fugitivo saltaba y se ponía en pie descargándole un segundo golpe, esta vez en la conjunción del cuello con la clavícula. Lo envió al mundo de los sueños instantáneamente. El karate había dado su fruto.

Deimos se inclinó para recoger el fusil de repetición, mas no llegó a tocarlo con sus dedos.

Quedó indeciso por unos instantes.

—No debo tomarlo. Si se pone alguien delante, lo mataría.

Deimos sabía muy bien que era así. En su fuga no podía matar o luego la revisión de su caso sería inútil. No, no podía atacar a los soldados que se le enfrentaran más que con golpes de judo y karate y siempre que éste último no buscara los puntos letales del cuerpo humano. Nat Deimos debía seguir adelante, exponiéndose a que lo acribillaran, pero respetando siempre las vidas de los demás.

Se echó hacia atrás. Tomó carrerilla y luego se lanzó en plancha contra los alambres de espinos.

Era una acción suicida, se exponía a quedar clavado, atrapado entre las púas de acero como si éstas fueran una monstruosa tela de araña y si quedaba allí, nadie le libraría de la horca.

Pasó su cuerpo por entre una doble hilera de alambres tensos, sintiendo en su espalda una sensación de calor y frío. Luego, cuando cayó al suelo, apenas sintió un escozor, aunque él sabía que la piel de su espalda no había salido muy bien parada.

Antes de que despertara el centinela caído, Deimos corrió hacia una hilera de «jeeps» y se ocultó tras uno. Buscó dentro de él y encontró cerillas.

—Bueno, daremos trabajo a unos cuantos —se dijo.

Destapó el depósito de gasolina del vehículo y luego asió a éste por un costado hasta verter parte del carburante en el suelo. Miró por si alguien venía y raspó un fósforo que arrojó sobre la gasolina.

La llamita se convirtió, instantáneamente, en una gran llamarada que envolvió el «jeep», haciendo estallar el depósito con el resto de combustible que quedaba en él.

Mientras el pequeño incendio adquiría mayores proporciones, ya que se propagó a los vehículos contiguos, Nat Deimos corrió y

corrió, tanto como sus piernas daban de sí, escapando del punto que iba a ser la atención de todos.

Sonó una alarma y aparecieron los soldados de retén para dominar la situación.

El paracaidista corrió hacia el campo de helicópteros, sorteando los puestos de centinelas, aunque todos tenían sus ojos puestos en las llamas, que atraían sus pupilas como si fueran mariposas nocturnas.

Sin ser visto, corrió hasta introducirse en un helicóptero biplaza con cabina plástica especial para reconocimientos. Lo puso en marcha. No, no podía salir a pie del recinto amurallado del cuartel, dónde había una doble hilera de centinelas.

Las grandes palas del helicóptero comenzaron a girar. Deimos aferró los mandos cuando una ululante sirena cruzó la zona de parte a parte, hiriendo los oídos de todos y poniendo a los vigilantes en danza.

«Ya ha despertado el centinela y dado la voz de alarma. No tengo tiempo que perder...».

Era cierto. Todos repararon en aquel helicóptero que, inopinadamente, sin previo aviso, se alzaba en vuelo.

Ametralladoras y descargas de fusilería comenzaron a buscar aquella libélula metálica que se elevaba por encima de los muros de hormigón con una facilidad demoníaca.

Notó que la carrocería del aparato recibía algunos impactos de fusilería, pero lo que más temía era que enfilaran contra él las ametralladoras pesadas.

Tuvo suerte. Cuando el tableteo rugió en la noche, el helicóptero se perdía en el cielo de Washington. Sin embargo, Deimos sabía que pronto lo perseguirían otros aparatos más rápidos que el suyo.

Dio una vuelta en el aire, mientras buscaba algo que pudiera servirle. Al fin, lo encontró en un cinturón de tela para el porte de paquetes de municiones.

Lo anudó al mando que hacía que el helicóptero pudiera subir o bajar, y antes de sujetar el otro extremo del cinturón al sillín, bajó la máquina voladora hasta casi tocar los tejados de un edificio.

Tiró luego del cinturón, enganchándolo a la base del sillín, y con la puerta de la cabina ya abierta se arrojó al vacío en el instante en que el helicóptero, sujetado por el cinturón, se elevaba en el aire

cada vez más, como si pretendiera alcanzar el firmamento. Deimos sabía que ahora los otros helicópteros o cazas, si eran empleados, le seguirían hacia el cielo, mientras él rodaba sobre las tejas de un edificio de la ciudad.

No tuvo suerte. Trató de agarrarse, pero por efecto del impulso de la caída, siguió rodando sobre el empinado tejado y estuvo a punto de precipitarse al vacío con más de seis pisos bajo las plantas de sus pies que quedaron colgando en el aire.

Sus dedos se engarfiaron materialmente al canalón de desagüe de la cornisa. Luego, a pulso, cuando ya creía que las fuerzas le fallaban y sentía la espalda mojada, no sabía si de sudor o sangre, consiguió colocarse en situación estable encima del tejado del edificio.

Gateó sobre las tejas hasta encontrar la ventana de una buhardilla. Se introdujo por ella cerrando de nuevo a su espalda.

De repente se encendió la luz de una bombilla y un sujeto de unos cuarenta años, sin un solo cabello sobre el cráneo y con aire de asiático, le miró blandiendo un cuchillo de grandes dimensiones.

—¡Yo te enseñaré a robar, hijo de perra!

Le habían tomado por un ladrón, pero eso no era lo peor, sino que aquel tipo, con más de cuatro copas encima y con los ojos enrojecidos, quería demostrar su gallardía y temeridad con el intruso, ensartándolo con un gran cuchillo de cocina.

El acero pasó varias veces junto al estómago de Deimos, más éste logró sujetar la mano armada y el sorprendido individuo, sin saber cómo, se vio estrellado contra la pared. Luego, quedó quieto. Un ronquido sordo emergió de su garganta; dormía.

Deimos miró alrededor. Aquel tipo vivía en la miseria. Cama con colchón pero sin sábanas y una manta como colcha.

Reparó en la botella de *whisky* barato que había sobre la mesita de noche, y tomándola por el gollete sorbió un trago largo. Luego, estrelló el casco contra la mesita para que aquel tipo no continuara bebiendo al despertar, ya que debía tratarse de un desgraciado alcohólico.

Apagó la luz y salió a la escalera, una escalera de construcción victoriana y cuyos peldaños crujían al pisarlos sus ochenta kilos de peso.

«¿Se habrán dado cuenta ya de que el helicóptero va vacío? —se

preguntó—. No es fácil. La noche es muy oscura y no lleva las luces encendidas», fue su propia respuesta cuando llegaba a la calle, lamentándose de no haber echado otro trago de bebida para reponer fuerzas.

Se encontraba a una distancia prudente de la prisión. En el aire se podían escuchar los zumbidos de varios aparatos sobrevolando el cielo de Washington en busca del astuto fugitivo que desapareciera en la noche sin dejar huella que rastrear, pues nadie le había visto salir del helicóptero sobre uno de los miles de tejados de la gran capital.

Avanzó con rapidez por las calles washingtonianas hasta dar con la de Tennessee. Siguió recto por ella hasta dar con el cruce de Sanders Street. Quedó quieto, como si hubieran clavado sus pies en el pavimento.

«No me han fallado. El “Ford” está ahí».

Fue hasta el coche. Montó en él y debajo del asiento, tal como le indicaron, encontró las llaves.

Puso el contacto y no tardó en pisar el acelerador hasta salir hacia las afueras de la ciudad.

Se detuvo en un pequeño bosquecillo donde se cambió de ropas, tirando las de presidiario y colocándose la camisa y el traje que le habían preparado. Se anudó la corbata con descuido.

Con la luz del coche pudo examinar la nueva documentación que le habían confeccionado, con su propia fotografía y los sellos correspondientes.

—Seguro que nadie descubre que esta documentación es falsa —monologó con soma—. La ha falsificado el propio FBI... Bueno, ahora voy a llamarme Jack Morrison y seré un mediocre vendedor de electrodomésticos.

El coche rechinó y regresó a la carretera. Su pie pisó a fondo el acelerador, antes de que la policía bloqueara las carreteras al comunicar la dirección de la prisión que el fugitivo no estaba en el helicóptero, un aparato que siguió ascendiendo incomprensiblemente para sus perseguidores que aguardaban una pronta catástrofe para aquel artefacto que brincaba alocadamente en el aire.

Mientras, un «Ford» del 65 rodaba a gran velocidad por la carretera que conducía a Nueva York.

CAPÍTULO V

Larry Fergus cruzó sus dedos gruesos sobre la mesa.

Era un hombre corpulento, macizo, casi rechoncho. Sin embargo, su estatura era elevada y más de uno le había dicho que el abundante vello que crecía sobre las falanges de sus dedos no le iría mal en la parte superior de su cráneo que aparecía sonrosado.

Larry Fergus semejaba un vulgar hombre de negocios, pero los que le subestimaban solían lamentarlo más temprano que tarde. A los cuarenta años, había pasado ya más de diez en la legión extranjera francesa. Había peleado en Argel y en Binh Dinh, un lugar que ahora conocían muy bien los norteamericanos.

Según algunos, había estado unido a los «gangaieiros» del Brasil y, según otros, había robado esmeraldas en Venezuela como jefe de una partida de bandidos.

Un día, Larry Fergus había aparecido en Estados Unidos. Poco después compraba el «Jamboree *Night-Club*» y según la policía tenía todos sus asuntos en regla, por lo que no se le podían buscar problemas.

Si en alguna ocasión se le cerraba el club con un pretexto fútil, él no se enfadaba. Sólo sonreía amistosamente, quizá con cinismo y antes de dos días se presentaba con una orden de la superioridad y su local se abría.

Los policías del distrito sabían que Larry Fergus conocía a mucha gente y manejaba muchos resortes que se movían al son metálico del dinero que él derramaba.

—Déjate de tonterías, Raquel —gruñó Fergus con su voz erosionada por la vida aventurera que había llevado.

Los ojos grandes y redondos de Fergus admiraron a la joven que fumaba nerviosamente ante él.

«Blonde Snake» calzaba mocasines y ajustaban sus piernas y caderas unos ceñidísimos leotardos de fibra sintética. El resto de su

indumentaria consistía en un jersey grueso que caía desvaidamente sobre su figura y que por lo largo casi parecía una cortísima falda de última moda.

Sobre el jersey, rodeando el cuello, un cordón con un amuleto incaico y la cabellera áurea cayendo lacia sobre sus hombros y espalda.

El cigarrillo, de larga dimensión, se consumía rápidamente entre sus labios carnosos, mientras la mirada de sus ojos se perdía en un lugar que no era precisamente el despacho del propietario del «Jamboree Club».

—Lo siento Larry, pero esta noche no actuaré.

—Hace ya diez noches que me dices lo mismo. ¿Cuánto va a durar este asunto? El público pide la presencia de «La Serpiente Rubia».

—No sé, Larry, y mañana tampoco trabajaré. Pasado, quizá tampoco. Puede que dentro...

—Vamos, Raquel —dijo con un suspiro que lo mismo podía ser el final de su paciencia que una expresión de comprensividad—. Debes olvidar al sargento. Ya es cosa muerta.

—Por favor, Larry, no hables así, me haces daño. Sabes bien que lo ahorcan hoy, mañana o como máximo pasado mañana.

—Él se lo buscó. Su crimen fue demasiado simple, tenía que descubrirse.

—Nat no lo mató.

—Vamos, Raquel, todos los asesinos dicen lo mismo. El capitán aquel te molestó. Él le pegó y luego fue amenazado con ser expulsado del cuerpo de paracaidistas. Por lo visto, ese sargento amaba mucho su boina verde y pensó que deshaciéndose del capitán todo estaba arreglado.

—Vamos, Larry, piensas como un simple de la calle.

—¿Y me crees más inteligente? —inquirió sonriendo.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no te decides a decírmelo en mi apartamento?

—Quieto, Larry, no avances —advirtió ella sin moverse, achicando los ojos para mirarle.

Fergus se detuvo y rió.

—Eres vanidosa, Raquel. ¿Crees que yo no puedo encontrar más

chicas que tú?

—Sí, y más bonitas supongo, pero ya sabes que no me agrada que se me acerquen; me molesta.

—Pues la cercanía del sargento que van a ahorcar —silabeó deseoso de herir— no te molestaba.

—Larry, tú y yo tenemos un trato comercial. Por otra parte, somos buenos amigos. No estropees el cuadro por querer ponerle un poco de color rojo.

A Larry Fergus le atraía «Blonde Snake», pero había vivido demasiado para no saber con qué clase de mujer trataba.

Raquel Andrews no tenía mucha fuerza física como mujer que era y podía reducírsela fácilmente a la impotencia, pero, sin duda, luego habría de resultar siempre peligrosa. Raquel Andrews no perdonaba.

Fergus prefería habérselas con un rival del mundo del hampa que con la venganza de una mujer astuta y de nervios templados.

Al pensar esto, recordaba la muerte de un compañero de la legión en Vietnam. El soldado, tras llevar un tiempo abusando de una asiática y creyéndola totalmente sometida y a su merced, se encontró un día con un inesperado dolor de vientre que fue en aumento. Murió rabiando como un perro, envenenado con estricnina y de la asiática nadie supo nada. Había desaparecido a tiempo.

Fergus no era ningún inculto para ignorar que en la historia habían habido muchos hombres destruidos por las astucias de una mujer.

—Raquel, tú sabes que podríamos ser algo más. De todas formas, creo que tendré que postergar este diálogo para otro día. Quizá sea más convincente.

Fergus hubiera reaccionado de forma distinta de ser otra la mujer. De despedir a Raquel Andrews, ella se hubiera encogido de hombros, marchándose. Varios clubs la habían solicitado con contratos ventajosos.

Por otra parte, tal hecho habría representado apartarla de sí y eso no lo quería Fergus. Sabía esperar. Después de todo el obstáculo serio que tuviera hasta entonces iba a desaparecer colgado de una sogá.

—Bien, Larry, sólo quería hablar contigo directamente para que

me comprendieras. Por supuesto, no cobraré los días que no trabaje.

El protestó con una sonrisa, una sonrisa que no sentía.

—Ni pensarlo, Raquel, cobrarás lo mismo. Descansa. Tengo que aceptar que un día u otro, por cualquier causa, podemos sentirnos deprimidos. ¿No es lo que dicen ahora los siquiátras modernos?

—Eres comprensivo, Larry. Quizá esté muy equivocada contigo —dijo alejándose hacia la puerta.

De pronto, en el dictáfono que aparecía sobre su mesa sonó un timbrazo al tiempo que se encendía una luz verde.

Fergus frunció el ceño y alargó su mano para oprimir el pulsador.

—¿Quién está ahí?

A través del aparato que podía comunicarle con cualquier lugar de su club nocturno se escuchó una voz masculina:

—Soy Walter. Taylor está conmigo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Será mejor que hablemos directamente, Larry.

—Bien, aguardad —dijo seco. No le agradaba que sus hombres se metieran en su despacho.

Se levantó, dirigiéndose a la estantería adosada a la pared. En ella, un perro de loza semejaba escrutarle interrogante.

—¿Qué miras, estúpido can? —increpó molesto.

Su mano tomó la cabeza del animal y la hizo girar noventa grados.

Acto seguido, la mesa de despacho, grande, pesada, se movió sobre uno de sus ejes, dejando al descubierto una trampilla por la que descendía una escalerilla casi en vertical.

Dos hombres ágiles treparon por ella cuando Larry Fergus se encargaba de correr el cerrojo de la puerta para que nadie pudiera interrumpir su reunión.

—¿Qué pasa? ¿No podíais hablarme a través del dictáfono?

Walter y Taylor se miraron entre sí.

Eran tipos de mediana estatura y un tanto delgados, los dos ágiles y carentes de grasa en sus cuerpos. Podía adivinarse con facilidad que asistían diariamente a un gimnasio.

—Hemos hablado con el viejo Cunniham.

—¿Lo habéis abordado en la calle como estaba previsto?

—Sí, con un coche robado, como otras veces.

—No habréis dejado huellas, ¿eh?

Ambos levantaron sus manos. Calzaban finos guantes de piel de cabritilla.

—Seguid. ¿Qué ha dicho el viejo avaro?

—Se ha llevado un susto cuando le hemos interceptado el paso en una calle solitaria con nuestro coche.

—Ha despotricado un poco —rió Taylor.

—Seguro. El que tiene tanto dinero no puede hacer otra cosa que refunfuñar.

Walter prosiguió, explicando lo ocurrido:

—Como siempre, íbamos con las caretas de goma. Ni él ni su chófer podrán reconocernos jamás.

—¿Ha puesto impedimentos el chófer?

—No. Taylor se ha encargado de que no los pusiera.

—Sí, le he dado un golpecito en la cabeza, aunque quizá le he atizado demasiado fuerte —siguió riendo Taylor.

—Bueno. ¿Le habéis propuesto el negocio al viejo?

—Naturalmente. Dos millones en oro a cambio de seguir conservando sus populares galerías «The Dolar».

—Supongo que al oír esto habrá babeado de rabia.

—Algo así, Larry. Ha dicho que jamás pagará, que hará custodiar sus galerías y que como nos ponga las manos encima, nos sentará en la parrilla eléctrica.

—Y qué va a decir el viejo —sonrió Fergus tranquilo—. Ahora hay que darle tiempo para que recapacite, para que se lo piense. Pedirá protección a la policía, pero nosotros somos más listos que ellos.

—Eso desde luego —asintió Taylor—. Tenemos un jefe que sabe bien lo que se hace.

—Sí, yo también opino lo mismo —dijo Larry—. ¡Lástima que ninguno de nosotros lo conoce!

—Pero trabaja bien, hay que admitirlo —añadió Walter—; sobre todo cuando pone en marcha el resto de la banda.

—Sí. Nuestra misión ahora es mantenernos alerta. Vigilar al viejo y vosotros dos, por separado, controlar las galerías y proporcionar el máximo de datos sobre las horas de entrada, cierre, cantidades de puertas y ventanas, situación de las mismas, etcétera. Ya sabéis todo lo que el jefe pide por si al viejo se le ocurre

perseverar en su testarudez, pese al tiempo de reflexión y los recortes de periódico que vamos a enviarle para que pueda disfrutar enterándose de nuestras anteriores hazañas.

—Sí, eso hará recapacitar al viejo —asintió Taylor—. Los que han pagado siguen tranquilos en sus negocios. En cambio, los que se han negado, están contemplando las ruinas de lo que fuera su orgullo.

—Le conviene pagar y más ahora que ha habido una reunión de doce compañías aseguradoras, las más importantes de la nación —indicó Fergus.

—¿Se han reunido las casas de seguros? ¿Y para qué? —preguntó Walter intrigado...

—Para declarar como catástrofe las hazañas de «los Cumplidores».

—Sí, imagino que es una catástrofe para ellos si tienen que pagar los daños de un rascacielos que se viene abajo —comentó Taylor.

Fergus aclaró:

—Lo que quiere decir la palabra «catástrofe» es que no pagarán a los asegurados, o que nosotros hagamos. El que desee arriesgarse a no pagarnos, que lo haga; ellos se desentienden del asunto.

—Pues esta nueva cláusula va a molestar a unos cuantos asegurados.

—Sí, va a perjudicarles mucho, pero como son las más importantes compañías aseguradoras las que se han puesto de acuerdo, tendrán que digerir la píldora.

—Cunniham estará dando botes de rabia en su mansión del Bronx —rió Taylor recordando a su nueva víctima, al hombre que iba a ser extorsionado bajo la amenaza de la destrucción de sus grandes almacenes.

—Ya seguiré informándoos de las nuevas órdenes. Vosotros haced lo de siempre, pero nada de apuntes, memorizadlo todo, que no os puedan echar el guante. A partir de hoy, las galerías «The Dolar» van a tener más policías dentro que chicas despachando tras los mostradores. Ahora, largaos.

—Un momento, Larry.

Los ojos redondos, grandes e inquisitivos de Fergus se clavaron en Walter. Arqueó las cejas y preguntó:

—¿Qué ocurre ahora?

—Verás, ya se han cobrado algunas digamos piezas y nosotros sólo hemos obtenido migajas para ir viviendo. Creo que sería el momento oportuno de recibir algo.

—Yo opino igual —corroboró Taylor—, y el resto de los hombres tienen el mismo parecer.

—Quedamos en que las partes se harían al final, cuando termináramos el negocio.

—Es que no sabemos cuánto puede durar el asunto y también si la policía mete baza en serio, ya que perdimos uno de los nuestros hace poco, puede que no tengamos más que el tiempo justo para ponemos a salvo. El jefe, y quizá tú también, tendréis el oro bien escondido, pero ¿qué poseeremos los demás?

—Sí, eso es, ¿qué tendremos nosotros? No pedimos toda la parte, pero sí cobrar algo por adelantado.

Larry gruñó molesto:

—Si tocamos el oro que nos han dado, estamos perdidos. Ese oro hay que ingresarlo en un Banco suizo cuando llegue el momento oportuno y allí será vendido por la moneda que nos interese.

—Está bien, no toquemos el oro, pero él jefe tendrá dinero en billetes.

—Será mejor que dejemos el asunto pendiente —masculló Larry impaciente—. Ya hablaré con el jefe de ello y veremos qué responde.

—Esperemos que conteste bien. Después de todo, nosotros somos los que arriesgamos la piel y llevamos a cabo el trabajo.

Taylor se encaminó de nuevo al hueco que dejara la mesa, desapareciendo por él.

Walter le siguió refunfuñando y, poco después, la cabeza del perro volvía a su posición normal.

Larry Fergus permaneció pensativo en su despacho. Era el segundo en aquel negocio que tan astutamente estaba llevando aquel genio que lo dirigía, y su cabeza daba vueltas buscando la forma de terminar el asunto en el momento oportuno, desapareciendo con el oro.

CAPÍTULO VI

Raquel Andrews introdujo el llavín en la cerradura y abrió la puerta de su apartamento.

Se sentía agotada y, sin embargo, el descanso no la resarcía. Deseaba dormir y no conseguía conciliar el sueño. Anhelaba aturdirse con el bullicio y al mismo tiempo prefería escoger la soledad.

¿Cuántas horas le faltarían a él para llegar al patíbulo?

La mano femenina se introdujo en el piso y dio al conmutador, encendiéndose una luz de ángulo que iluminó suavemente la sala.

Al cerrar la puerta, observó la presencia de un hombre junto a ella. Notó su respiración y sintió el deseo de gritar.

El hombre, adivinando en los ojos abiertos de ella su pensamiento, alargó la mano y con firmeza y seguridad le tapó la boca.

—Raquel, no soy ningún fantasma. Soy Nat.

La mujer cambió la mirada de sus ojos. Ya no había miedo en ellos, sino una gran sorpresa.

—¡Nat; Nat! ¡Dios mío, Nat!

Él se dejó abrazar con furia por «Blonde Snake» y los labios de ambos se buscaron casi torpemente para acabar unidos en un mismo aliento.

—Nat, ¿cómo?

—Puedes suponértelo.

—¿Has conseguido fugarte?

—He armado un poco de revuelo, pero al fin he logrado salirme con la mía. Después de todo, nunca me han gustado las corbatas extravagantes.

—Nat, amor, eres un demonio —susurró ella antes de volver a besarlo.

—Eso estarán pensando mis celadores.

Al apartarse la joven de él, notó algo en sus manos que habían estado rodeando el cuerpo masculino. Al mirarse las palmas se asustó.

—¡Nat, sangre! ¡Tienes sangre! ¿Estás herido?

—Bah, no tiene mucha importancia. Sólo son unos arañazos.

—¿Unos arañazos?

—Sí, los alambres de púas. He tenido que pasar por entre ellos.

—Habrá que curarte.

—No te molestes, cariño —le dijo palmeándole cariñosamente el rostro—. Voy a tomarme una ducha. Por cierto, que ya he conectado el agua caliente.

Raquel se quedó perpleja. No acababa de comprender a un hombre que, aun estando en peligro o herido, tenía que dar confianza a los demás, porque a él le sobraba por todos los poros. Parecía inmunizado contra el dolor y el temor.

Mientras buscaba afanosa en su pequeño botiquín, escuchó cómo caía el agua de la ducha. Poco después, Nat salía envuelto en una gruesa bata granate de baño perteneciente a Raquel.

—Me queda algo corta, pero creo que para un rato sirve.

—A ver, Nat, muéstrame la espalda.

—Vamos, cariño, ya te he dicho que no tiene importancia alguna.

—Pero quiero verla —insistió ella, escondiendo a su espalda una pequeña botella y unos pedazos de algodón.

Nat Deimos se bajó la bata por la espalda y ella vio las pequeñas heridas que no revestían mayor gravedad que la de haber herido dolorosamente la piel.

—¡Ayyy! —Gruñó Deimos quejándose.

—Estate quieto, sólo es un poco de alcohol para desinfectarte las heridas.

—Pues parece veneno —se quejó él. Se dejó caer luego sobre el sofá, y añadió—: Anda, prepárame algo fuerte para beber. En la cárcel eran particularmente abstemios.

—Enseguida, enseguida. —Mirando la ropa indicó—: Tendré que llevada a la lavandería. Cerca de aquí hay una en la que compondrán tus ropas en menos de una hora.

—Me irá bien, aunque los que andan tras mi rastro pronto averiguarán que he pasado por aquí.

—¿Saben que estás herido?

—Bueno, creo que no he dejado rastro de sangre.

—Entonces no sospecharán. ¿Dónde has encontrado las ropas que llevas?

—En Washington me las prestó un ropavejero que conocía. Por lo visto, él ignoraba que había sido juzgado por asesinato. Le enviaré el dinero por correo —mintió para no despertar sospechas.

Debía guardar el secreto de su complot con los federales.

—Nat —dijo ella sentándose junto a él mientras le ponía en la mano un vaso de *whisky* con una mezcla de licores dentro.

—Caramba, esto sí que es explosivo. El napalm, a su lado, son pompas de jabón.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Como si ya me hubieran ahorcado.

Ella agrandó sus ojos, sorprendida.

—¿Qué estás diciendo?

—Pues que me siento como en el cielo.

—Yo he entendido que decías que estabas como si te hubieran ahorcado.

—Exacto. Si me hubiesen ahorcado, ya estaría en el cielo.

Ella descargó su cabeza sobre el hombro varonil.

—Eres un granuja, Nat, pero no quiero que te maten.

—Ni yo tampoco, por eso me he fugado y no creas que ha sido fácil. Me ha costado salir del agujero, pero luego... En fin, ya te enterarás por el periódico. Seguro que exagerarán.

—No habrás matado a nadie, ¿verdad?

—No, no ha hecho falta, pero sí les he estropeado algunas cosillas. En fin, poca cosa. El ejército es muy fuerte y no repara en gastos pequeños.

—Pero ahora te has convertido en un fugitivo.

—No temas, no voy a ser el Richard Kimble de la televisión, aunque buscaré al verdadero asesino del capitán Royce. No pienso pagar por él en la horca.

—Déjate de bromas, Nat. Esto va en serio.

—Sí, ya sé que es una cosa seria. Los de la Military Police van a movilizarse para darme caza.

—Ellos saben que soy tu chica y vendrán por aquí.

—Seguro, pero aún tardarán algunas horas en hacerlo.

Supondrán que estoy todavía en Washington y yo me he dado prisa por abandonar la capital. Cuando se aseguren de que no estoy allí, que me he evaporado, comenzarán el despliegue. Quizá mañana mismo.

—Nat, tendrás que moverte antes de que te localicen. Si te cogen esta vez, no podrás escapar. Te vigilarán mejor.

—Sí, hasta me pondrán grilletes en los tobillos. En fin, no pienso darles ese gusto. Cuando haya descansado un poco, cuando tengas listas mis ropas y me hayas preparado algunos bocadillos, porque tengo más hambre que un indio de Bengala, me marcharé.

—¿Adónde?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá escoja cualquier negocio que puedan proporcionarme en el mundo del hampa.

Después de todo, no soy torpe con las armas.

—Nat, me decepcionas —dijo ella poniéndose de rodillas sobre el sofá y ensortijando sus dedos en los cabellos de él.

—¿Qué quieres? —preguntó sin molestarse—. ¿Qué me entregue?

—No, eso tampoco, pero...

—Desengáñate, Raquel. Estoy en un apuro y he de salir de él como sea y para ello necesito dinero. Luego, con el tiempo, quizá me dejen en paz.

—Nunca se olvidarán de ti.

—En ese caso, recurriré a la cirugía plástica. Dicen que hacen verdaderas maravillas. Todo antes de que me entierren con mi propia lengua por corbata.

—Yo puedo darte todo el dinero que tengo. Espera y...

«Blonde Snake» se dirigió a la estantería, pero Nat la contuvo asiéndola por la muñeca.

—No, cariño, no voy a aceptar ni un centavo tuyo. Si lo hiciera, dejaría de ser quien soy.

Raquel se dejó besar. Luego, en un ronroneo, mientras frotaba su frente contra las mejillas de él, dijo:

—No sé qué tienes que me aturde, Nat.

El la separó de sí como haciendo un gran esfuerzo.

—Será mejor que vayas a buscar los bocadillos y a que me limpien la ropa.

—Cariño —susurró ella—. Te protegeré empleando las uñas si es preciso.

—Serás como una leona cuidando a su cachorro —dijo él festivo, cogiéndola por la cintura y elevándola en el aire como si careciera de peso.

Permanecieron unos instantes en silencio. Luego, Raquel abrió los ojos de golpe y dijo:

—Tengo una idea.

—¡Hurra! —exclamó él—. ¿De qué se trata?

—No comprendo cómo puedes bromear en las actuales circunstancias. Otro hombre, en tu lugar, estaría aterrado. Se sentiría acorralado.

—Y sacaría espumarajos por la boca. ¿En qué programa lo has visto, querida?

—Estás imposible, Nat, no se puede hablar contigo —dijo ella con enfado, cruzando los brazos.

—Vamos, vamos, no pongas esa cara. Cualquiera diría que hace diez años que nos hemos casado.

—¿Diez años? Pero, pero ¡si todavía no te me has declarado!

—Ejem, ejem... ¿Decías que tenías una idea?

Ella le miró furiosa.

—No te lo mereces, pero, bueno, podría pedirle a Larry que...

—Aguarda. ¿Quién es ese Larry?

—Larry Fergus, el propietario del «Tamboree».

—¿Un hampón?

—¿No has dicho que cogerías cualquier cosa que se te presentara con tal de ganar dinero y desaparecer?

—¿Y tú crees que ese Larry...?

—Sí, pienso que puede darte ocupación. Naturalmente, no permitiré que te ofrezca nada que pueda mancharte las manos o rebajarte.

—Tú no consentirás nada, cariño —advirtió él con firmeza—. Además, prefiero buscarme el trabajo yo solo, merodeando por todos los clubs de los bajos fondos. Después de todo, si tu Larry Fergus puede darme trabajo o denunciarme si quiere, también pueden hacer: lo mismo los demás, ¿no crees? No deseo que te sientas obligada con él por mí. Ahora anda, muévete.

Raquel, preocupada, metió la ropa masculina en una bolsa de

deporte y tras enviarle un beso abandonó el apartamento.

Nat cerró la luz para que nadie se percatara de su presencia y luego conectó una radio transistor de la chica, buscando en ella una emisora que diera noticias.

Las emisoras neoyorkinas nada dijeron, pero logró la recepción de una estación washingtoniana de gran potencia y en ella escuchó: «Nat Deimos, un fugitivo condenado a la horca, ha conseguido fugarse de la prisión destruyendo un “jeep” y un helicóptero que ha utilizado para escapar. La Military Police, apoyada por la Metropolitana, ha desplegado todas sus fuerzas. Las carreteras han sido bloqueadas y se cree que pronto volverá a ser capturado. La Military Police asegura que...».

Nat cambió de emisora. Ahora le apetecía escuchar música.

De súbito sonó el timbre del teléfono. Sufrió un ligero sobresalto y luego quedó quieto contemplando el aparato que seguía sonando.

—¿Quién diablos será? —masculló.

El timbre insistió. Las pupilas aceradas lo observaban con atención. Al fin, enmudeció y Deimos lanzó un suspiro de alivio.

La tranquilidad del exsargento apenas duró unos segundos. De nuevo el teléfono volvió a la carga.

Nat pestañeó y al fin se puso en pie. Se aproximó al aparato en la casi oscuridad del apartamento y tomó el auricular llevándoselo cuidadosamente al oído, pero sin decir nada, sin siquiera articular un sonido.

—Deimos, sé que está ahí.

Nat no respondió. Quedó perplejo, a la escucha.

—Deimos, escúcheme. La chica ha salido. Le estoy vigilando. Soy Ellis.

—Bien, inspector, creo que es inútil que me mantenga en silencio. Supongo que tendrá la calle controlada.

—Deimos, ha hecho una fuga perfecta, algo ruidosa, pero debo felicitarle por no haber herido a nadie.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—El FBI tiene medios para seguir a quien quiera. Naturalmente, yo, en persona, estaba vigilando el «Ford» en Washington.

—No he visto que me siguiera ningún coche.

—Porque mis hombres me han ido relevando por la carretera para que no recelara de un solo coche. Al final hemos llegado aquí,

aunque, la verdad, presumía que iría al piso de su chica. Lo malo es que los de la MP van a pensar lo mismo.

—Sí, eso he supuesto yo también, pero aún tengo unas horas por delante.

—Sí, es cierto, pero como dicen en el argot del hampa, ahueque él ala y desaparezca de ese apartamento cuando la chica haya regresado con lo que usted le ha pedido. Por cierto, ¿está herido?

—No, sólo unos rasguños sin importancia.

—Me alegro.

—Inspector, ¿ha comunicado a sus hombres quién era yo?

—En absoluto. Ellos obedecen órdenes, pero no preguntan. Es la disciplina, amigo Deimos.

—Ya.

—Ahora, présteme un poco de atención. Ha escapado de la horca pero ha de cumplir la segunda parte del trato. No olvide que le sigo los pasos y si le pierdo de vista, estará completamente solo y no podré echarle cortinas de humo cuando las circunstancias lo requieran.

—De acuerdo. Seré buen chico y no les marearé demasiado si no se ponen pesados.

—Es por su bien, Deimos. Ahora, busque a los «Cumplidores».

—¿Por dónde empiezo?

Desde el otro lado del hilo, la voz del inspector Ellis repuso:

—Si le hablan de un tal Larry Fergus, escuche. Quizá sea interesante.

—¿Sospecha de él?

—Ligeramente, pero podría ser algo de lo que buscamos. Ahora corto, Deimos. Su «Blonde Snake» acaba de entrar en el edificio. Por cierto, tomando precauciones para que no la vean. Es una chica excelente y muy guapa. Puede confiar en ella, pero siempre hasta cierto límite, no lo olvide.

Nat no pudo decir más. Al otro lado de la línea escuchó el inconfundible sonido de un teléfono al ser colgado.

La llave volteó en la cerradura y apareció el rostro de la rubia.

—¿Cómo estás, Nat?

—Magníficamente tratado por ti, cariño. ¿Has visto algo sospechoso abajo?

—No, nada en absoluto. La calle estaba desierta. De existir algo

extraño me hubiera dado cuenta.

—Ya, ya —dijo él con retintín, pero sin que ella lo advirtiera—. ¿Qué te han dicho del traje?

—No querían limpiarlo. Dicen que es muy tarde y que las manchas de sangre... En fin, he tenido que pagar triple para contentar al viejo usurero de la lavandería.

—Cárgalo a mi cuenta, cariño. ¿Has traído algo para comer?

—Sí, en esta bolsa y también de beber. Espero que te recuperarás pronto.

Con verdadero apetito, Nat tomó uno de los bocadillos y le pegó un mordisco. Luego, bebió de la botella que le tendían y cuando su boca quedó algo libre dijo:

—Desde que me encerraron no comía nada igual y eso ya parece que ocurrió hace un siglo. Por cierto, cariño, ¿qué me decías de un tal Larry Fergus?

CAPÍTULO VII

—¿Está preparada la lancha? —preguntó Larry Fergus al hombre que conducía el poderoso «Buick» y que era su secuaz Walter.

—Sí. Taylor está con el sordomudo.

—Bien. Espero que todo vaya bien.

—Sí, Larry y no olvides recordarle a «el Cumplidor» que nosotros también vivimos. No nos agrada que el oro esté quieto, pudriéndose.

—No seas tan impulsivo, Walter. Podría contarte un cuento de un hombre que era tan impaciente que acabó contagiando a todos sus compañeros y éstos, para volver a quedarse tranquilos, pensaron que lo mejor era hacer desaparecer...

—No sigas, Larry, me doy por aludido —cortó Walter con una sonrisa afectada.

El «Buick» se introdujo por el Manhattan Bridge y luego buscó el muelle 79A de Brooklyn.

Un pequeño yate, acondicionado para la pesca deportiva del atún y el pez espada, aguardaba atracado en el muelle. El «Buick» hizo rechinar sus neumáticos frente a la nave, que por su forma y condiciones debía alcanzar una gran velocidad sobre la superficie del agua.

Aquel tipo de lanchas eran las que causaban problemas a los guardacostas cuando éstos intentaban perseguirlas por la causa que fuera.

El guardia de la zona se les acercó, sonriente. Tras tocarse la visera de su gorra, comentó:

—Buenos días, señor Fergus. ¿De pesca?

—Sí, Tom, de pesca. Hace un día estupendo.

—Sin embargo, pronto anochecerá —dijo el policía cuando Walter, tras abandonar el coche, cerraba de un portazo.

—Es que a mí me agrada ver amanecer ya en el lugar de la

pesca, Tom —dijo Larry cordial para granjearse la confianza del vigilante del muelle y no tener complicaciones con él—. Siempre pican más al amanecer y donde el agua no está sucia de petróleo.

—Eso es cierto, señor Fergus. Que tenga suerte.

—Si pescó algo que esté bien y usted puede llevárselo en brazos, cuente con ello.

—Gracias, señor Fergus. Le diré a mi mujer que vaya preparando la sartén. Usted es un hombre que sabe.

Cruzaron la pasarela y se encontraron en la cubierta de la pequeña, pero veloz y segura nave.

Larry gruñó dirigiéndose a Walter:

—Mientras yo esté fuera, pescad algo y si no, lo compráis para el imbécil ese de la gorra.

Conviene tenerlo contento.

—De acuerdo, Larry.

Un sujeto de cara redonda y pelo color panocha, que vestía un jersey oscuro y un pantalón de pana, se les acercó con mirada expresiva.

—Adelante, vamos a salir —dijo Larry al tiempo que movía sus manos de forma harto elocuente.

El sordomudo pelirrojo asintió con la cabeza y desapareció dentro de la cabina de mando. Poco después, los motores roncaban.

—Hola, Larry, todo listo —dijo Taylor saliendo a cubierta.

—Bien, soltad amarras.

Tom, el policía, despidió con la mano amistosamente a los que se alejaban.

Dando una chupada a lo que quedaba de su cigarro habano, Larry masculló algo ininteligible que no dejaba muy bien al policía y a su familia.

Sólo giraba una de las hélices de la embarcación para impulsar la proa adelante, pero no hacía demasiada falta su fuerza mecánica, ya que una vez abandonado el muelle las aguas del East River la hicieron deslizarse con rapidez en dirección al océano por el gran estuario.

El puente de Manhattan quedó sobre ellos. El cielo tenía el gris azulado de los días claros de la gran ciudad de los rascacielos, un cielo que contadas veces adquiriría el tono azul claro que podía deleitar los ojos en Miami Beach.

Llegaron al lugar donde las aguas del East y el Hudson River se unían para luchar juntas contra el océano que las engullía, disolviéndolas en sus entrañas.

Un trasatlántico hacía ulular su sirena a lo lejos, pidiendo la entrada.

Unos remolcadores iban a su encuentro, mientras el monstruo de acero, lleno de colorido, avanzaba río arriba por el Hudson en busca del muelle 86, principal estación marítima de la gran ciudad.

—¡Cuidado! —gritó Taylor al sordomudo que manejaba el volante del pequeño yate denominado *Jamboree*, al igual que el club.

—Imbécil, que no te oye —gruñó Larry sentado frente a una mesa. Barajaba unos naipes para mantener sus nervios templados.

Taylor esbozó una mueca en sus labios finos y luego puso la mano sobre el marino sordomudo.

Éste se giró hacia él, interrogándole con la mirada.

Taylor le señaló un *ferry* que navegaba en dirección contraria.

—¡Cuidado!

El sordomudo hizo un gesto despectivo al tiempo que asentía con la cabeza, sin inmutarse por la proximidad del *ferry* que regresaba de la estatua de la Libertad, donde había dejado un montón de turistas y recogido otros tantos para devolvemos a Manhattan.

El barco tocó dos largos con la sirena, advirtiendo del peligro que corría la pequeña embarcación. El sordomudo sonrió al tiempo que hacía maniobrar el *Jamboree* a la izquierda. La colisión se evitó con facilidad, no así el zarandeo que les propinó el oleaje de la nave mayor.

—¡Imbécil, pudiste ahorrarnos esto! —masculló esta vez Larry Fergus.

Taylor, irónico, inquirió:

—Vamos, Larry, ¿no has dicho antes que el sordomudo no podía oírme?

—Será mejor que cierres la boca por tu propia cuenta o tendré que cerrártela yo de un manotazo —gruñó Fergus amenazador, moviendo los naipes sobre la mesa.

Prosiguió la navegación.

La ciudad de los rascacielos quedó atrás. Luego, el océano

inmenso, agua por todas partes. La tierra apenas era una línea oscura en el horizonte, que se fue borrando lentamente.

El sordomudo tomó una carta de navegación y efectuó sus cálculos virando diez grados a babor.

Oscureció y la lancha se detuvo. Todos, exceptuando el marino, quedaron en el amplio camarote donde estaban las literas.

Transcurrió una hora antes de escuchar un rumor sordo, como el de un motor acercándose.

—Ya está ahí —exclamó Larry poniéndose en pie.

El marino mantenía las luces de señalización encendidas y al divisar las dos pequeñas luces, una roja y la otra amarilla, que se aproximaban por el aire, conectó una linterna con intermitencia verde.

El ruido ya era fuerte, inconfundible. Un helicóptero se había detenido sobre la nave.

—Cualquier día, cuando no le intereses al «Cumplidor», te deja caer en el océano para que los tiburones se entretengan un rato —dijo Walter con una sonrisa.

Larry le miró airado.

—No me gustan tus bromas, imbécil, yo sé cuidarme. Ahora, cuando yo me marche, coged las cañas y a pescar. Si viene un guardacostas, que tengáis algo que ofrecerles.

Del helicóptero comenzó a descender una silla sujeta por un cable.

Cuando estuvo sobre cubierta, se detuvo. Larry se sentó en ella y se colocó el cinturón de seguridad. El sordomudo, que contemplaba la escena, efectuó una señal con la linterna hacia los de la cabina del helicóptero que permanecían en la oscuridad como el propio aparato. Las únicas luces existentes allí eran las de señalización de la nave, las dos pilotos del helicóptero y la linterna del marino.

El cable se tensó, mientras las palas de la gigantesca libélula arremolinaban el aire con fuerza, despeinando a los de la lancha. El motor roncaba de forma monótona.

Larry se sintió elevar en el aire. Las luces del *Jamboree* quedaron bajo sus pies. Mientras aún subía el cable, el helicóptero se puso en movimiento, apartándose del lugar. No deseaba que pudieran localizarlo.

A lo lejos, Larry vio desaparecer el yate cuando ya era

introducido en la cabina del aparato, que cerró la escotilla al quedar él dentro.

—Buenas noches, Fergus —saludó la voz del piloto y único tripulante.

Él había manejado la grúa de izamiento de aquel helicóptero que, dada la falta de luz, los que habían quedado abajo en el yate no habían podido identificar como un «Piasecki

HRP-2»,

más conocido por «Banana Voladora».

—Podía haber esperado que estuviera arriba para alejarse —protestó Larry.

—Hay prisa. Le esperan.

Pese a la escasa luz, Larry pudo ver el rostro picado por la viruela del piloto.

—Podía haberme caído al océano —gruñó.

—Le hubiera sacado con la grúa —replicó el piloto, sumergiéndose después en un absoluto mutismo.

Dejaron atrás el océano para introducirse en el continente. Al poco divisaron tres luces rojas colocadas en triángulo y el «Banana Voladora» comenzó a descender.

—Llegamos, Fergus —dijo el piloto.

El propietario del «Jamboree» abrió la portezuela y descendió sobre una tierra alfombrada de césped, todavía húmedo por el rocío nocturno.

Un sujeto, vestido con jersey oscuro y cubriendo su cabeza con boina verde, le observó atentamente al tiempo que su mano bajaba el cañón de una metralleta portátil.

—¿Está «el Cumplidor»? —inquirió Larry casi a voz en grito para hacerse oír entre el ruido del motor del helicóptero.

—Sígame —fue la respuesta del tipo de la metralleta.

Caminaron no más de cincuenta yardas. Tras unos árboles descubrió una tienda de campaña de las utilizadas para puesto de Mando.

Fergus vio a otro tipo con jersey oscuro y boina verde, armado a su vez con un subfusil provisto de no menos de cuarenta cartuchos en la petaca.

Vigilado, penetró en la tienda.

Ésta tenía una separación de tela que la dividía en dos. En la

parte de la entrada habían dos sillas y una mesa, y aparecía iluminada por sendos faroles de petróleo.

El segundo compartimiento estaba a oscuras. El tabique de tela mostraba una pequeña ventana de casi un pie cuadrado, cubierta por una rejilla de nylon que servía de respiradero.

—Bueno, ya he llegado —dijo mirando a los dos hombres de la metralleta que se mantenían junto a la puerta, sin perderle de vista.

—Aguarde, amigo —siseó uno de los hombres armados.

En aquel instante apareció un tercer vigilante en la puerta de separación de las dos estancias, permaneciendo junto a ésta.

El motor del «Piasecki» se paró. Transcurrieron unos minutos y, al fin, a través de la rejilla, una voz preguntó:

—¿Qué tal, Fergus? ¿Ha tenido buen viaje hasta, aquí?

—No es precisamente un viaje de placer.

Se escuchó una pequeña risita. Larry Fergus hubiera dado algo por ver la figura, el rostro del hombre que se ocultaba de su mirada.

Jamás le había visto y, sin embargo, estaban trabajando juntos, arriesgando el pellejo al unísono.

—Usted lo ha dicho, Larry, esto es un viaje de negocios. ¿Cómo va el asunto Cunniham, nuestra actual víctima?

—Parece que ha visitado a los polizontes y podría asegurarle que todo el FBI está buscándonos rabiosamente.

—¿Les tiene miedo? —inquirió peyorativo el que se hacía llamar «el Cumplidor».

—No, no les temo, pero a veces, un poco de precaución no está de más. Muchos hampones importantes, después de dar algunos golpes audaces, descansan, esperan a que se calmen los ánimos.

Disfrutan de la vida y luego, cuando es el momento oportuno, vuelven a la carga.

—Ése no es mi modo de operar, Larry. Yo exprimiré a unos cuantos usureros que están podridos de millones y luego terminaremos este negocio.

—Está muy seguro de su victoria.

—¿Y usted, no?

—Bueno, si no fuera un trabajo con algo de garantía no lo haría, naturalmente.

—Entonces, ¿qué teme?

—Que me sienten en la parrilla. Han venido ya varios agentes a

husmear en el «Jamboree» y...

—Sí, ya sé que han tenido que eliminar a algunos, pero ése es el juego. Si ellos nos cogen, nos matarán. Nosotros hemos de hacer lo mismo.

—Pero usted está muy protegido. No arriesga nada.

—¿Lo dice porque no me dejo ver?

—Si tuviera más confianza, aunque sólo fuera conmigo...

—Ni pensarlo. Cuando esto termine, usted cogerá su parte, yo la mía y a vivir con tranquilidad, sin estorbamos. El chantaje es como una enfermedad; vale más prevenirla que curarla.

—Una máxima eficiente. Sin embargo, usted me conoce a mí.

—Es que somos dos casos distintos. A usted, como reyezuelo del hampa, se le puede conocer. En cambio, yo pertenezco a una familia respetable y habrán de poner unas palabras semejantes en mi lápida cuando me entierren.

Fergus pensó que no podía insistir. Hasta aquel momento, «él Cumplidor» había demostrado tener paciencia y sabía que no sacaría más de él con respecto a su identidad. De lo único que podía estar seguro es de que era militar en activo.

—Bien, puestas así las cosas... Sin embargo, hay otro punto que arreglar.

—¿De qué se trata?

—Mis hombres, y supongo que los suyos también, piden dinero.

—¿Están anémicos?

—No, pero como arriesgan el pellejo quieren tocar algo sólido con sus dedos.

La voz, al otro lado de la rejilla, semejó irritarse.

—¿No quedó pactado que no se tocaría el oro hasta finalizar el negocio? ¿No acordamos llevar el oro a Suiza y allí un Banco cualquiera nos pagaría sin preguntarnos nada, salvo en qué moneda queríamos cobrar?

—Sí, eso lo sé y está bien para usted y para mí, pero los muchachos... Digamos que son más prácticos. Quieren tocar dinero.

—El oro no se puede tocar y precisamente lo guarda usted en los sótanos del «Jamboree». Mayor confianza por mi parte no podía existir.

—Sí, está bajo el «Jamboree», pero no puede ni mirarse. Usted convirtió el escondite en una trampa mortal. Si se da un solo golpe,

por pequeño que sea; si se atraviesa ante una célula fotoeléctrica o se pisa en el lugar menos pensado, no sólo el oro sino todo el «Jamboree» y quizá la manzana entera vuela en mil pedazos.

De nuevo, la voz rió levemente.

—Es cierto, Larry. Si alguien comete la tontería de acercarse al oro sin que yo desconecte el circuito por radio, volará todo. La plataforma sobre la que descansa el oro contiene más de veinte kilos de un tipo de explosivo plástico recién inventado. Con medio kilo es suficiente para volar una casa. Los edificios que he hecho volar ha sido utilizando esta carga y ya sabe, amigo Larry, que da buenos resultados. No querrá ver convertido su «Jamboree» en un montón de fragmentos, amén de haber perdido el oro, ¿verdad?

—Es usted muy persuasivo, pero allí quieto, el oro no vale para nada.

—Sí sirve, es nuestro porvenir. Con dos o tres golpes más que demos, terminaremos el negocio y yo creo que no podrá quejarse de sus ganancias. Son siete los que han pagado ya, hay mucho oro de por medio.

—Pero los chicos...

—La banda se divide en dos partes que colaboran juntas y por eso salen bien los trabajos. Mis hombres están contentos de cómo se lleva todo. Es cuestión suya el que sus hombres también estén satisfechos. Deles un adelanto en billetes.

—¿Un adelanto? ¿Quiere decir que puedo tomar un poco de oro, que va a desconectar el circuito?

—Ni soñarlo. Usted no se fía de mí y yo tampoco de usted. Las cartas están boca arriba desde un principio. Lo que puede hacer es sacar de su cuenta bancaria unos miles de dólares y calmar con ellos los nervios de sus hombres. De lo contrario, tendré que dar órdenes más drásticas a mis propios muchachos y le aseguro que trabajan con efectividad. Ya sabe, corazón que no palpita, boca que se mantiene cerrada y para siempre.

—Bien, intentaré apaciguar a mis hombres, pero ese dinero lo descontaremos de la parte correspondiente del oro.

—Oh, no, amigo Larry. Ese dinero es cosa suya. El oro se dividirá en dos partes. Yo me cuidaré de que mis hombres queden contentos y usted de los suyos; así lo dispusimos en nuestro primer encuentro.

Larry Fergus lanzó un gruñido de protesta. No podía sacar nada más a aquel sujeto siempre bien escondido y que, en realidad, era el jefe de la banda.

—Bien. No hablemos más de eso.

—Me congratula comprobar que es usted razonable sin necesidad de que le recuerde que cualquier torpeza por su parte haría volar todo lo ganado hasta ahora, aunque también puedo hacerlo volar yo desde el lugar que prefiera por control remoto con ondas cortas. Ahora, quiero que me diga cómo responde el viejo Cunniham.

—Creo que ha dado el chivatazo a la policía, ya se lo he dicho.

—Bien. Dele más tiempo y envíele los recortes de periódicos.

—Ya lo he hecho, pero no ha respondido aún.

—¿Ha leído todos los anuncios de los periódicos de la mañana?

—Sí, y Cunniham no ha insertado ninguno en el que diga que necesita un ayuda de cámara de cincuenta años llamado Lawrence, como exige la contraseña.

—Continúe leyendo los anuncios por palabras. Los nervios del viejo Cunniham pueden saltar de un momento a otro y su testarudez se vendrá abajo. Sin embargo, mis hombres comenzarán a actuar por si llega el momento. Claro que, tengo un nuevo plan para hacer flaquear los nervios del viejo.

—¿Y cuál es?

—Usted se cuidará de enviar un anuncio a los principales periódicos advirtiéndolo al público en general que vayan con cuidado al comprar en los almacenes «The Dolar», pues está amenazado por «los Cumplidores», a menos que su propietario abone la cantidad estipulada y en el plazo señalado.

—Eso será como retar a todo el sistema policial.

—Sí, será divertido. Después de todo, ha sido el propio Cunniham quien ha puesto sobre aviso a los federales. No es necesario que ocultemos nuestros propósitos cuando todo el mundo está al corriente. Sólo falta que el público sepa quién es la víctima.

—Una noticia como ésta en los periódicos pondrá rojo de rabia al viejo. Nadie va a comprar en su almacén.

—El viejo se dará cuenta de que sólo advirtiéndolo al público que ha pagado, volverán a entrar en sus galerías.

—Muy bien pensado, pero entonces la policía vigilará con más

atención.

—Sí, correremos mayor riesgo, pero también será divertido y al mismo tiempo más convincente.

—¿Para quién?

—Para nuestras futuras víctimas, porque si conseguimos volar las galerías «The Dolar» cuando estén supervigiladas, comprenderán que vale más ceder.

—No creo necesario recordarle que quién se ocupa de volar los almacenes, llegado el caso, es usted.

—Sí, no se preocupe por ello. Mis hombres saben hacer su trabajo. Están entrenados y preparados para acciones semejantes y poseemos el mejor material sin que se sospeche de nosotros.

Larry Fergus, molesto por —aquella situación de tener que hablar con un personaje invisible para él, dijo deseoso de terminar:

—Si no hay nada más que hablar, seguiremos el plan tal como ha previsto.

—Todavía queda un asunto.

—¿Cuál?

—De la prisión del Potomac se ha fugado Nat Deimos, el sargento de paracaidistas.

—¿Nat Deimos?

—¿No lo recuerda?

—Sí, sí; claro que sí. El que liquidó a su capitán después de pelearse por una chica.

—Por «Blonde Snake», la cantante de su sala de fiestas.

—Ya lo sé, pero ¿qué tiene él que ver en todo esto?

—Pues que es muy posible que aparezca por el «Jamboree».

—Si se ha fugado, quizá quiera ver a Raquel —dijo no muy contento—, pero la Military Police pensará lo mismo y es posible que lo pesquen para ahorcarlo.

—No le agrada que merodee a la chica, ¿eh?

—Eso es cosa mía.

—De acuerdo, de acuerdo; la chica no me importa nada, aunque no dejo de reconocer que es una venus rubia o, mejor dicho, una serpiente rubia, capaz de hipnotizar con sus encantos al más pético.

—¿Y cuál es su problema entonces? —inquirió Fergus algo molesto—. ¿Acaso teme a la aparición de Deimos?

—No tengo miedo a nadie, pero considero que Deimos puede ser

peligroso. Es un hombre al que no importa la muerte y ama el peligro. Además, está muy bien entrenado y es capaz de hacer cosas que ni usted ni sus hombres podrían soñar.

—Si usted lo dice, es que debe conocerlo mucho.

De nuevo se escuchó la pequeña risita al otro lado. Era una risa de suficiencia.

—Si ese hombre no aparece por el «Jamboree», continúe tranquilo, pero si lo ve, si merodea su local, elimínelo.

—¿Y por qué no dejamos ese trabajo a la Military Police?

—Porque podría resultar peligroso. Nat Deimos nos hará mejor servicio si cualquier día aparece flotando en las aguas del Hudson con un balazo en la nuca.

—Si tanto le interesa su muerte, ¿por qué no se encarga usted mismo de él?

—Porque no tengo tiempo para buscarlo. Además, si no se presenta por el «Jamboree» tampoco es peligroso.

—¿Teme que quiera husmear algo?

—Puedo asegurarle que lo hará.

—En ese caso, será un placer eliminarlo.

—Si él desaparece, «Blonde Snake» no suspilará ya más por el sargento de paracaidistas y usted puede ser su hombre. Por otra parte, si lo mata, tome precauciones. Le repito que Deimos es peligroso. Si no lo cree, lea los reportajes que han hecho los periódicos de Washington sobre su fuga.

—Tomaré nota.

—Le deseo suerte. Ya sabe, cuando quiera comunicarse conmigo, haga la señal por radio y ya le diré cuándo y cómo debemos encontrarnos.

—De acuerdo. ¿Puedo ya regresar al yate?

—Sí, pero antes fúmesse un cigarrillo mientras preparan el helicóptero que ha de llevarle.

CAPÍTULO VIII

—Hay una puerta camuflada en el callejón que empleamos algunas veces para no ser molestados a la salida del club —indicó Raquel Andrews.

—Vaya, yo sólo conocía la salida de empleados.

—Ésta no la usan más que unos pocos. A Larry no le agrada que se utilice, a menos que sea indispensable.

La calleja estaba oscura, solitaria. Su empedrado relucía a causa de la humedad.

Un gato arrancó a correr desde un rincón oscuro y saltó por encima de una lata de basura, haciéndola rodar por el suelo.

—¡Ay!

—No es nada, Raquel, sólo un gato.

—¡Qué susto! Pueden estar aquí ya vigilando.

—Sí, puede que sí o que vengan de un momento a otro.

—Cuando estemos dentro ya encontraré un lugar para esconderte si hay peligro. Hace bastantes años que está construido el edificio y tiene muchos recovecos debido a las múltiples obras que se han hecho en él por reformas.

La rubia, que seguía vistiendo ajustados pantalones negros y un jersey grueso caído sobre sus caderas, introdujo un llavín en la cerradura y la puerta de madera recia quedó franqueada.

Pasaron al interior de un corredor oscuro que hacía pendiente en rampa. La joven se apresuró a cerrar.

—Hay que seguir todo recto —indicó.

—No se ve nada.

—Puedes encender un fósforo.

—No, será preferible que no demos señales de nuestra presencia. Si logramos pasar desapercibidos, mejor.

Era ella quien conocía el camino y, sin embargo, fue Nat quien pasó delante, semejando que sus ojos vieran en la oscuridad.

El pasadizo les llevó a una nueva puerta cerrada, pero sin llave.

—¿A dónde iremos a parar ahora?

—Al corredor de los camerinos. Al final del mismo hay un rótulo en el que se lee: «No pasar, peligro».

—Un buen aviso. Ahora, esperemos que haya suerte.

Nat abrió la puerta lentamente hasta que pudo observar el pasillo.

—¿Salimos ya? —inquirió la muchacha.

—No, aún no. Hay que tomar precauciones. Si alguien me ve estoy perdido. Cuando los policías lleguen, preguntarán a todos aquí y son varios los que me conocen. Además, se extrañarían mucho de ver a un condenado a la horca pasearse por el club.

—Tienes razón, incluso podrían avisar a la policía.

—Ahora —dijo él tirando de la mano femenina.

Abandonaron el oscuro corredor para pasar al de los camerinos.

—Es mejor que vayamos directamente al despacho de Larry.

—¿Y dónde está?

—Al otro lado. Hay que seguir todo recto.

Anduvieron rápidamente, pero Nat detuvo su camino y empujó a Raquel, materialmente, tras un decorado arrinconado en la pared.

Dos chicas, vestidas con maillot y con plumas sobre su cabeza, pasaron charlando de sus cosas y luego se perdieron en el camerino múltiple.

—Son de las del conjunto.

—Pues vayamos con cuidado. Podemos tropezamos con más y las mujeres son más fisonomistas que los hombres. Si me reconocen estoy perdido. Empezarán a gritar.

Raquel siguió al hombre más que le guió. Se sentía anulada por la poderosa personalidad viril.

Lo que Nat decía era cierto; las chicas lo reconocerían con más facilidad. A varias de las actrices las había visto suspirar entre bastidores, mientras él fumaba tranquilamente en la barra o sentado a su mesa junto a la pista.

Al fin quedaron ante la puerta en la que podía leerse: «Private. Direction».

Raquel empuñó el pomo de la cerradura, pero ésta no cedió.

Golpeó con los nudillos sobre la puerta y escuchó atentamente. Al final, con miedo en los ojos, temiendo que les descubrieran de un

momento a otro, dijo:

—Está cerrado, Larry no está.

—Pues será mejor que entremos y esperemos.

—Imposible, está cerrado con llave y, además, creo que tiene un timbre de alarma conectado a la puerta por si la abren en su ausencia. Es muy receloso y no se fía de nadie.

—¿Teme que le vacíen la caja fuerte? —preguntó desdeñoso.

—Quizá, pero lo que importa ahora es que no podemos entrar.

—No te rindas tan pronto, querida. —Tras decir esto le quitó con sus propias manos un pasador que ella llevaba en el cabello.

—¿Qué haces?

—Voy a abrir la puerta.

—¿Con el pasador? —inquirió entre extrañada y escéptica.

—Si tengo suerte, sí.

—En cuanto abras la puerta sonará el timbre.

—Veremos si también tenemos suerte con eso. Como comprenderás, no tengo ningún deseo de que me descubran para que me lleven a la horca.

Estiró el pasador, alargándolo, y luego hurgó con él en la cerradura. Tuvo que intentarlo varias veces antes de oír el sonido que esperaba, mientras sus mandíbulas se mantenían tensas y toda su atención se centraba en el tacto de sus dedos.

—Ya está.

—¿Y ahora, qué? —preguntó ella recordando el timbre de alarma.

—Espera y no te impacientes —pidió, mientras llegaba hasta ellos la música del conjunto negro que tenía contratado el club.

Nat abrió la puerta muy ligeramente, sólo lo justo para introducir por la ranura horizontal superior la delgadez del hierro del pasador. Luego, lo llevó de un lado a otro hasta encontrar lo que buscaba.

Sujetó un pulsador casi imperceptible, colocado en el dintel de madera, y franqueó la puerta.

Hizo pasar a Raquel al interior del despacho y la muchacha se apresuró a encender la luz.

Nat dio vuelta a un pequeño pasador que había sobre la cerradura y después soltó el timbre.

—Sonará.

—No, he girado el pasador de seguridad. Cuando Larry Fergus quiere que —suele la alarma, gira el pasador y cierra la puerta dejándola así dispuesta.

—¿Y cómo es que no suena cuando él entra?

—Porque debe tener una llave especial que al mismo tiempo que abre la puerta hace girar el pasador quitando la alarma. Un procedimiento ingenioso.

—Se va a molestar mucho cuando nos vea aquí dentro.

—Bah, así verá que puedo ser un hombre efectivo —repuso Nat con desenfado.

No obstante, pensaba que, efectivamente, Larry iba a enfadarse por aquella intromisión. Más él deseaba controlar las reacciones de aquel reyezuelo del hampa.

Cerró la puerta con el pasador y lo devolvió a Raquel.

—Ya no me sirve, está demasiado retorcido. Recuérdate que cuando pueda te compre uno de oro.

—¡Tonto!

Raquel se dejó caer en un sillón de cuero con orejeras mientras Nat daba unos pasos por el interior de la estancia.

—Esto debe de ser su santuario. Se cuida muy bien.

—Sí, Larry es un hombre de gustos refinados.

Miró las estanterías repletas de objetos y libros raros. Luego se aproximó al escritorio y sobre él vio dos cajas de tabaco. Abrió una de ellas y descubrió gruesos cigarros de importación.

—Fuma tabaco caro.

—Puedes coger uno. Puestos aquí dentro, no creo que se moleste por cigarro más o menos —objetó Raquel.

—Prefiero cigarrillos —replicó, abriendo la otra caja.

—Pues dame uno a mí.

Nat le tendió una cajetilla de cigarrillos turcos. Ella tomó uno y lo colocó entre sus labios color cereza. Después esperó a que el hombre le prendiera fuego con una de las largas y exóticas cerillas.

—¿Es mujeriego?

—¿Quién? —preguntó ella.

—Larry Fergus.

—¿Por qué lo preguntas?

—Se cuida muy bien y es un tipo tan sibarita que ha de gustar a las mujeres.

—Bueno, no es ningún santo. Claro que tú tampoco lo eres —
sonrió Raquel.

—¿Se ha fijado en ti? —inquirió Nat, escrutándola a través del humo.

—¿Tú qué opinas?

—Que sí.

—¿Celos?

Nat sonrió al tiempo que deambulaba mirando los diversos y heterogéneos objetos que reposaban en los estantes de fina madera.

—No puedo tenerlos.

—¿Por qué? —interrogó ella.

—Estoy seguro de ti.

—Vaya, que te piensas que soy una esclava sometida a ti...

—¿Tú qué crees?

Raquel suspiró.

—Me temo que sí, Nat, no tengo remedio.

Deimos se detuvo ante el perro de loza, el cual parecía observarlo a su vez.

—¿Es amigo de los animales?

—¿Te refieres a Larry?

—Sí.

—Que yo sepa, no tiene ningún canario.

—¿Y perro?

—Pues hay muchos que vienen a lamerle la mano, pero no andan a cuatro patas, sino a dos.

—Muy irónica —comentó Nat, mientras cogía con sus manos el can de loza, un bulldog de gran cabeza y cuerpo pequeño que lo observaba maliciosamente, como si tuviera vida—. Pues aquí tiene un chucho que es una obra maestra. ¡Diablos!

—¿Qué ocurre? —exclamó Raquel, apartándose de la orejera en que tenía apoyada la cabeza.

Temía la aparición del propietario del club de un momento a otro.

—Este perro está sólidamente sujeto a la estantería. He intentado cogerlo entre mis manos y no he podido despegarlo. ¿Por qué lo habrán sujetado así?

—Lo ignoro, rarezas de Larry. Quizá tema que alguien le dé un empujón y se lo rompa.

—Me parece demasiada precaución para un perro de loza cuando las demás figuras no están sujetas. Fíjate —y alzó una estatuilla japonesa de gran valor.

—Sí, es raro.

Nat la observó con detenimiento mientras sus dedos tanteaban la figura del perro hasta que se decidió a moverle la cabeza. Ésta giró con relativa facilidad.

—Vaya, el chucho mueve la cabeza.

—¡Mira, Nat, la mesa! —señaló Raquel sorprendida.

—¡Diablos! Al parecer, hemos dado con el secreto de Larry Fergus.

Deimos rodeó la mesa que había girado sobre uno de sus lados y observó la trampilla que quedaba al descubierto.

—Tiene una escalerita que baja casi en vertical hacia una especie de sótano.

—¿Y qué habrá ahí abajo? —inquirió Raquel—. ¿Una nueva salida de emergencia?

—Es posible, pero sería bueno averiguarlo y saber concretamente adónde conduce.

—Desconocía esto.

—Sería interesante averiguar adónde lleva este pasadizo —indicó Nat, haciendo intención de bajar.

—¡Espera, espera! Oigo ruido, alguien viene.

—Entonces tendremos que dejar el paseo para otro día, si es que vivo para hacerlo —dijo Nat, yendo hasta el perro y volviéndole la cabeza al derecho. El escondite de Fergus se cerró.

La llave giró en la cerradura y Raquel, en voz baja, indicó:

—Siéntate tú en el sillón, que no sospeche nada.

Nat obedeció la indicación y la rubia se sentó en el brazo del sillón con aire desenfadado.

—¿Eh? ¿Qué significa esto? —inquirió el propietario del «Jamboree», casi estupefacto, al quedar en el umbral de la puerta y descubrir a la pareja que le miraba con aire divertido.

—No ocurre nada malo, Larry. Simplemente, te hemos gastado una broma —se disculpó Raquel.

El hampón titubeó. Tras él no estaban sus guardaespaldas y tenía una pistola de pequeño calibre en la sobaquera, mas no hizo ademán de sacarla.

—No me gustan cierta clase de bromas. ¿Cómo habéis entrado aquí? —preguntó imperativo, evidentemente molesto.

—Con esto —mostró el pasador—. Lo ha utilizado Nat. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, recuerdo al sargento paracaidista condenado a la horca por asesinato.

—Antes de que me pusieran una corbata que no era de mi agrado, he creído conveniente decirles *good bye*.

—Estoy al corriente. Los periódicos publican la noticia y, por cierto, al venir hasta aquí ha cometido una estupidez. Será uno de los primeros lugares donde busque la policía.

La rubia se levantó y dijo:

—Larry, te iba a pedir un favor.

—¿Me dejas que adivine la clase de favor que vas a pedirme? —preguntó él, sarcástico.

—Larry, podría hacerte algún trabajo. Sólo se trata de que le protejas algún tiempo.

—Podría servirle de mucho, Larry —siseó Nat.

—Sí, ya veo que es un experto en abrir puertas.

—Y en evitar alarmas —siguió diciendo Deimos.

—Lo supongo. No es fácil entrar en este despacho al dejarlo cerrado. Supongo que no le habrá dado también por abrir la caja fuerte.

—¿Robar a la mano que me ayuda? ¡Oh, no! —exclamó con énfasis poniéndose en pie—. Podría haberlo hecho, naturalmente, pero no, porque pienso que podremos entendernos de otra forma más amistosa.

—No hay arreglo ni entendimiento que valga, sargento —silabeó acre.

Raquel casi suplicó:

—Por favor, Larry, ayúdale.

—No, no puedo. ¿Te das cuenta de que ya está muerto, muchacha?

—Qué raro, Larry. Yo noto que la sangre todavía corre por mis venas.

—No sea mordaz, sargento. Está condenado a la horca. Antes o después lo cazarán y si no muere en la cuerda, lo hará acribillado en la calle. Le pondrán más plomo encima que tiene el Empire State

en todas sus cañerías.

—Eso es cuenta mía. Más gruñirán los que hayan de transportar mi féretro al cementerio.

Raquel insistió con pupilas suplicantes:

—Vamos, Larry, sólo se trata de esconderlo por algún tiempo. Tú sabes cómo hacerlo. Luego se olvidarán del caso. Pensarán que ha salido del país y él puede ayudarte a ti también en algún trabajo.

Ya has visto que es muy hábil.

—Sí, sólo falta que me digas que es agradecido —refunfuñó él hampón—. Lo siento, el que le ayude está perdido. Le acusarán de cómplice de un fugitivo convicto de asesinato. No, querida, no deseo ir a la cárcel.

Hasta ahora, la policía no tiene nada contra mí. Sería un estúpido si les diera este asunto en bandeja, con las ganas que tienen de echarme el guante.

—Vamos, Raquel —dijo Nat, sin estar muy molesto al parecer—. Tu Larry Fergus no quiere colaborar. No es tan amigo como creías.

—Está bien, Larry —dijo la muchacha con voz opaca—. Él se marcha. Correrá su suerte, quizá lo cojan o lo maten en la calle, y yo me voy con él.

—No seas estúpida. Si le sigues, acabarás tras unas rejas.

—No me importa:

Fergus vio una decisión firme en los ojos verdes cuando ella se puso junto a Deimos, que la cogió por los brazos. Aquel gesto irritó al hampón.

Recordó las palabras de «el Cumplidor»: Sí, era mejor seguir su consejo y le sería fácil desembarazarse para siempre del paracaidista, quedando además como un hombre bueno y generoso a los ojos de «Blonde Snake», cosa que le beneficiaría en sus deseadas relaciones con Raquel.

—Está bien, le ayudaré. Le mantendré unos días oculto y luego veremos qué se puede hacer.

—¡Oh, Larry, sabía que lo harías! —exclamó la joven, agradecida.

—Bien, ya veré de compensarle cuando todo esto haya pasado —dijo Deimos por su parte.

—Ya llegará el momento de exteriorizar los agradecimientos. Lo importante ahora es que desaparezca del club. Éste es el primer

lugar donde vendrán a buscarle, quizá lo hayan hecho ya.

—Yo le acompañaré adonde tú digas, Larry.

—No —atajó rápido—. Si tú desapareces sospecharán y hay que dar la impresión de que tu sargento no ha pasado por aquí. Tú cantarás hoy y has de atraer la atención del público como nunca.

—Y mientras, ¿adónde irá él?

—Tengo un yate en el muelle 79A de Brooklyn. Le escribiré una nota para el sordomudo que es quien lo vigila. Allí puede estar sin peligro durante unos días. Después, veremos qué sucede, pero que conste que me estoy jugando un pleito por ti, Raquel —gruñó malhumorado, al tiempo que sacaba una tarjeta en la que comenzó a escribir unas líneas.

CAPÍTULO IX

Nat Deimos abandonó el «Jamboree» por la misma puerta que utilizara para entrar guiado por Raquel Andrews.

El callejón continuaba solitario, lleno de basura. Parecía que de aquella arteria empedrada y llena de humedad no se acordara nadie, ya que las puertas que daban a ella correspondían a patios posteriores de edificios.

Cerró tras de sí y anduvo hacia el final del callejón. Cuando llegaba a la amplia calle donde desembocaba, una voz emergió de un recoveco oscuro:

—¿Me da fuego, amigo?

Nat se detuvo. Vaciló receloso.

—No tengo fósforos, lo siento.

—Yo sí tengo —respondió la voz.

Un fósforo fue raspado y la débil llama iluminó un rostro, un rostro que mantenía un cigarrillo entre los labios.

Al reconocerle, Nat exclamó:

—¡Inspector Ellis!

—Acérquese, que no le vean en medio de la calle. Su figura queda recortada; pegado a la pared, no.

Deimos obedeció, situándose junto al federal.

—Veo que no se separa de mis talones.

—En conciencia, soy responsable de su vida.

—¿Teme que me liquiden? —inquirió burlón.

—Ahora más que nunca. Si usted fuera el verdadero culpable ya habría tratado de huir. —Vaya, al menos conforta el que no me crean tan merecedor de la horca.

—¿Ha tenido algún contacto con Larry Fergus?

—Acabo de hablar con él.

—No se fíe, Deimos. Es un tipo peligroso. Tanto los de la Metropolitana como nosotros, los federales, tenemos ganas de

cogerlo y hacerle desaparecer de la circulación. Eso, sin contar con el asunto de «los Cumplidores» porque si él los dirige, la cosa será mucho más grave.

—Se ha brindado a protegerme.

—¿Tiene algún escondite?

—Un yate llamado «Jamboree» en Brooklyn, muelle 79A.

—Lo sé, ese yate está vigilado. Efectúa salidas sospechosas, pero todo se reduce a que Larry y sus hombres van a pescar de cuando en cuando y no hay ninguna ley que lo prohíba.

—Me ha dicho que me oculte allí durante unos días hasta que todo se calme.

—¿Le hace el favor por «Blonde Snake»?

—Sí, aunque le ha costado ceder.

—Bien, por lo menos ha conseguido meterse en la boca del lobo. Ahora, mantenga los oídos atentos. Los «Cumplidores» han elegido una nueva víctima.

—¿Aquí en Nueva York?

—Sí. Se llama Cunniham y es un millonario propietario de las populares galerías «The Dollar».

—¿Cuánto le piden?

—Dos millones en oro.

—¿Y va a pagarles?

—No. Ha venido a nosotros despotricando contra la ineptitud del departamento. Le hemos dicho que se está haciendo cuánto podemos.

—¿Y qué ha dicho él?

—Ha tenido una idea, según él, luminosa.

—¿Cuál?

—Ha contratado una banda de «gangsters» proteccionistas. De modo que entre el hampa y la ley tenemos que defender las galerías «The Dollar» contra los escurridizos «Cumplidores».

—Vaya, confío en que esta vez no se salgan con la suya.

—Puede que estemos en la pista equivocada, pero creo que Larry Fergus tiene algo que ver con este asunto, por eso le he dicho que se pegara a él si podía.

—Y si recelan de él, ¿por qué no le siguen sus hombres?

—Lo han hecho ya, pero es muy astuto. No sabemos cómo actúa ni lo que va a hacer en medio del océano con su yate. Cuando

hemos tratado de seguirlo, nada hemos visto. Emplean algún truco que no hemos logrado descubrir hasta ahora, pero que usted podría aclarar.

—Lo intentaré.

—Pero ándese con cuidado. Los de la «Military Police» están merodeando la zona, y según tengo entendido, han solicitado apoyo a los de la Metropolitana.

—¿Investigan ya en el «Jamboree»?

—Sí —fue la respuesta lacónica del federal.

—Se han dado prisa.

—A ellos debe temerlos tanto como a los propios hampones. Si le ven, va a tener dificultades serias. Tienen orden de disparar a matar.

—No es muy divertido servir de tiro al blanco.

—Tome —le tendió un arma.

—¡Vaya, una «Browning»! ¿Está cargada?

—Sí, pero deme su palabra de honor de que no disparará para defenderse de la policía si le atacan.

—Tiene mi palabra. Pude haber matado al centinela de la prisión, pero no lo hice.

El federal asintió con la cabeza.

—Estoy al corriente, por eso le doy esta pistola. Confío en usted. Además, he traído una cosa para usted.

—¿Qué es eso, un paquete de cigarrillos?

—Sí. La mitad de su contenido son cigarrillos, efectivamente, pero el resto oculta un aparato electrónico. Si se ve en peligro pulse un pequeño botón que encontrará. Yo acudiré a su encuentro y no tema por el aparato aunque se moje. Está bien protegido con plástico.

—¿Es un emisor?

—Sí, pero muy diminuto. No capta, sólo emite una señal que yo puedo recibir.

—Pero ¿cómo dará conmigo?

—Seguiré la onda. Con dos coches adecuados es fácil averiguar el punto desde el cual se emite.

En cuanto a usted, no tema; nadie a su alrededor se percatará de nada.

—De acuerdo, inspector. Ha valido la pena esta entrevista. Al

menos voy más preparado.

—Sólo me resta seguirle y desearle suerte como hasta ahora.

—Un momento, inspector. Antes, prométame que si acaban conmigo no complicarán a Raquel Andrews, la chica del «Jamboree», en todo esto. Me refiero a que no van a enjuiciarla por complicidad con un fugitivo.

Pensando que era muy fácil que aquello no llegara a ocurrir, pues Deimos tendría que pelear contra unos u otros posiblemente, Ellis asintió:

—Tiene mi palabra de que solucionaré el caso si se produjera.

Iba ya a alejarse, cuando Deimos recordó:

—Ah, inspector. Larry Fergus, debajo del escritorio que está en su despacho, tiene una trampilla que oculta un sótano y que se abre dándole vuelta a la cabeza de un perro que hay en la estantería.

—¿Ha averiguado adónde conduce esa trampilla?

—Todavía no. Cuando lo sepa ya se lo comunicaré. Ahora, debo alejarme. Si me retraso podrían recelar esos hampones.

Se apartó del inspector Ellis y salió a la Calle 90.

—¡Taxi! —llamó alzando la mano.

Los neumáticos del auto chirriaron. Al poco, el vehículo volvía a ponerse en marcha.

—Al muelle 79A de Brooklyn.

Nat miró hacia atrás para ver si era seguido, al tiempo que con la mano se palpaba la pistola que acababa de proporcionarle el inspector del FBI.

Abandonó el coche cerca del yate, siéndole fácil encontrar éste. Miró a un lado y a otro. Al no ver a nadie, cruzó la pasarela y subió a bordo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, aun a sabiendas de que, según Fergus, lo cuidaba un sordomudo.

Abrió la puerta que conducía a los camarotes y divisó una luz mortecina.

De pronto surgió la figura del marino con cabello color panocha.

Deimos, adivinando que se trataba del sordomudo, le tendió la tarjeta que le entregara Fergus.

El sordomudo la leyó y asintió con la cabeza, haciendo un gesto con la mano para que descendiera los peldaños que le faltaban.

—Bien, me alegro de ser bien recibido —dijo Deimos en voz

alta, mirando la cabina de mando del yate, el cual se conducía con un volante similar al de un automóvil.

De pronto sintió algo duro en la espalda. Una voz desagradable le advirtió:

—Quietos, sargento. Es una estupidez que trate de hacer tonterías.

—¿Qué significa esto? —inquirió mirando alternativamente tras de sí y al sordomudo que le contemplaba en su eterno mutismo pero sin demostrar sorpresa.

—Significa que al *boss* no le cae simpático —dijo Taylor, que le encañonaba con una «Luger» provista de silenciador.

—Creo que se equivoca. He traído una tarjeta en la que Larry pide que se me oculte aquí.

—Pues ya ve, sargento, las órdenes han cambiado a última hora. ¿No ocurre algo semejante en la milicia? —inquirió cínico.

—No entiendo. ¿Cómo ha podido hablar con Larry después de hacerlo yo, si he venido directamente del «Jamboree» aquí en un taxi?

—Muy fácil. Este yate tiene línea telefónica cuando está en el muelle. Sólo hay que estirar un cable y conectarlo a la clavija adecuada. Es una facilidad que da la telefónica y que sirve de mucho, principalmente en casos como éste.

—De modo que Larry le ha llamado para cambiar los planes.

—Exacto.

—¿Y qué es lo que le ha ordenado, si puedo saberlo?

—Pronto lo sabrá.

Más la sonrisa desapareció súbitamente del rostro de Taylor, quien sintió que retorcían su mano armada. Salió despedido en el aire al tiempo que oprimía el gatillo de la automática. Sin embargo, la bala se incrustó en el suelo de madera.

El sordomudo entró en acción para ayudar a su compañero. Nat esperó la acometida de aquel marino que empuñaba una afilada hoja de acero.

Tuvo que emplear sus mejores recursos de judo y karate para escapar a los ataques del pelirrojo.

—¡Maldito seas! —Gruñó Deimos.

Logró cazar la muñeca armada y la golpeó contra el ángulo de la escalera, haciendo saltar el arma blanca al suelo. Luego, dos golpes

al estómago y uno con el canto de su diestra entre la clavícula y el cuello derribaron al sordomudo.

—Bueno, ahora...

Deimos no tuvo tiempo de continuar hablando. Contra lo que esperaba, el marino se recuperó.

Tenía una capacidad de encajador formidable.

Tuvo que seguirlo escaleras arriba y encajar una patada en pleno tórax que le hizo gruñir de dolor.

La pelea sobre cubierta fue dura, sórdida.

En una de las vueltas sobre sí mismo, la «Browning» escapó inadvertidamente del bolsillo de Nat, quedando entre las cuerdas.

Al fin vio al marino del cabello panocha tendido con el rostro desencajado por los golpes que le había propinado.

—De ti poco voy a sacar en limpio, pero con el otro, ahora que el juego está boca arriba, quizá tenga suerte.

Taylor seguía inconsciente sobre el piso del camarote. Tomó la «Luger» con silenciador con una mano y con la otra comenzó a abofetear al hampón.

—¡Vamos, imbécil, despierta!

Taylor despertó. Al ver el rostro del sargento, quiso incorporarse para salir corriendo, pero el oscuro cañón de su propia pistola, ahora en manos de Deimos, le clavó en el suelo haciéndole tragar saliva.

—No, no dispares...

—Será un placer hacerlo si me obligas.

—No te atreverás.

—¿Ah, no? —rió por lo bajo—. A tu amigo el mudito lo he dejado estirado en cubierta.

—¿Muerto?

—¿Tú qué crees? —inquirió irónico, tanteando el efecto psicológico del terror. Nuevamente Taylor tragó saliva, esta vez con más dificultad.

—No, no vas a ganar nada matándome. Tu enemigo es Larry, no yo.

—Lo sé, él es la rata gorda. Ahora, vas a decirme qué pensabas hacer conmigo.

—Nada, nada...

—¡Mientes y no sabes hacerlo, imbécil!

Le golpeó con el revés de su mano, mientras lo tenía encañonado.

—Espera, espera... Larry, Larry quería que nos deshiciéramos de ti.

—¿Por qué?

—No lo ha dicho, nunca da explicaciones.

—Y tú, su sicario, a cumplir rápidamente la orden.

—Bueno, Larry es duro si no le obedecen.

—Me lo figuro, pero peor voy a ser yo para ti. ¿Hay alguien más?

—En el yate, no.

—¿Y fuera del yate, en el club? Me refiero a tipos como tú y el sordomudo, dejando aparte a los empleados y *bouncers*.

—No lo sé.

—No te conviene mentir. Estoy demasiado acorralado para tener contemplaciones con nadie, ¿comprendes?

—Espera, también está Walter...

—¿Alguien más?

—No.

—Bien, te creo. Ahora, dime adónde conduce la trampilla que hay bajo el escritorio de Larry.

—¿Qué trampilla?

—Tienes tres segundos para explicarte y uno ya ha pasado.

—Es una salida de emergencia.

—¿Adónde va a parar?

—A los colectores.

—Una salida muy disimulada, pero ¿por dónde entráis luego desde el exterior, para no ser vistos?

—Hay un cementerio de automóviles entre las calles Moon y Drake.

—¿Está allí la entrada?

—Sí, junto a un viejo «Ford» color verde. Se levanta la tapa que hay al lado y se baja por una escalera. La tapa es de madera para que no pese tanto.

—¿Y una vez dentro de la cloaca?

—Hay una flecha marcada en la pared. Se sigue la dirección unas cuatrocientas yardas y luego hay una mancha roja en el muro. Aquel pedazo gira sobre sí, es una puerta camuflada.

De pronto se escuchó el ulular de varias sirenas policiales. Ambos volvieron sus cabezas hacia arriba.

—¡La policía! —exclamaron al unísono.

Taylor aprovechó para coger la muñeca armada de Deimos y retorcerla con la intención de encañonarle.

Ambos rodaron por el suelo. La lucha era a muerte. Las circunstancias eran trágicas. Ambos se sentían acorralados por aquellas patrullas policiales que se aproximaban.

Sonó una detonación casi imperceptible, ahogada, una detonación que sólo llegaría a los oídos de los dos hombres.

Taylor desencajó sus mandíbulas de forma patética y sus dedos se engarfiaron. La expresión de la muerte se reflejaba en él como en un bruñidísimo espejo.

—¡Sargento Deimos, está acorralado, somos la «Military Police» apoyados por la Metropolitana! ¡Salga con las manos en alto, no tiene escapatoria! —vociferó alguien tras un megáfono portátil a transistores.

Nat, preocupado, se giró hacia la puerta del camarote cuando en su umbral aparecía el sordomudo con la «Browning» que él perdiera en cubierta.

Sonó una detonación y Deimos estuvo a punto de ser alcanzado de lleno. Tuvo que saltar al otro lado del camarote.

En aquel instante se encendió un potente foco que iluminó de lleno la puerta del camarote y en consecuencia al sordomudo, quien no había oído las sirenas debido a su defecto físico.

El potente haz de luz le sorprendió e irritó. Su reacción fue rápida. Disparó contra él, haciendo estallar el foco en mil pedazos.

Una ráfaga de ametralladora respondió a los disparos del pelirrojo y éste cayó de bruces por la escalera, acribillado a balazos cuando Deimos ponía en marcha la embarcación accionando la llave de contacto.

Los disparos llovieron sobre el yate, que arrancó materialmente las amarras con la poderosa fuerza de sus motores.

De pronto, llegó humo hasta él. De alguna parte comenzaban a brotar llamas. El depósito de combustible había sido alcanzado por los policías que habían quedado en el muelle sin conseguir llegar a bordo.

El fuego comenzó a rodearle mientras la nave se centraba más y

más en el East River.

De pronto, Nat reparó en varios equipos autónomos de hombre rana. Sin pensarlo dos veces, se apoderó de uno de ellos y salió a cubierta pegado al suelo, para no ser visto desde el puerto.

Se dejó caer al agua colocándose inmediatamente la mascarilla. Después, una negrura densa e insondable. Si la noche era oscura, el interior del agua del río no lo era menos.

Súbitamente, su cuerpo fue zarandeado con violencia. Salió a la superficie y vio que el yate, en medio de un mar de llamas y tras reventar su depósito, se hundía aceleradamente.

Apartó su mirada de las llamas y a lo lejos divisó una lancha policial que con sus reflectores comenzaba a iluminar la superficie del East River, buscándole.

Nat Deimos se ajustó la mascarilla y desapareció bajo el agua. La lucha por su existencia aún no había terminado.

CAPÍTULO X

Seguida de aplausos y silbidos de aprobación, Raquel Andrews abandonó la pista y se dirigió al despacho de Larry Fergus.

Al oír los golpes en la puerta, Fergus autorizó:

—Adelante.

La hoja se abrió y apareció la figura esbelta de la rubia, embutida en aquella indumentaria que la ceñía como una segunda piel.

Los brazaletes de sus manos y tobillos despedían destellos de color. «Blonde Snake» estaba muy hermosa, pero no logró desfruncir el ceño del reyezuelo del hampa.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Tu amigo el sargento.

Raquel parpadeó desconcertada. No esperaba aquella pregunta de sopetón.

—¿No está escondido en tu yate, junto a tus hombres?

—Vamos, Raquel, no te hagas de nuevas... Si él ha escapado, tú sabrás dónde está. —Larry, me parece que te estás poniendo nervioso. Expílicate. ¿Qué ha ocurrido con Nat?

—Vaya, conque prefieres hacerte la desentendida, ¿eh? Yo te contaré. A tu amiguito el paracaidista, por lo visto lo localizaron los de la «Military Pólice». Le siguieron, hasta el yate y allí se armó la gorda.

—¿Lo han cogido?

—¡No! —espetó furioso, sentándose sobre una punta de su escritorio.

Hizo tamborilear sus dedos sobre la madera, señal inequívoca de su nada satisfactorio estado de ánimo.

—¿Ha logrado huir?

—Por lo visto, los de la policía no lo han encontrado, pero sí los

cadáveres del sordomudo y de Taylor. En cuanto a mi yate, ahora está destrozado en el fondo del East River. Toda una hazaña en pocos minutos, que hay que agradecer a tu amigo, pero te juro que me las pagará. Tengo que averiguar dónde está y tú vas a decírmelo inmediatamente.

—No lo sé.

—¡Mientes! —exclamó rabioso, abofeteándola con dureza.

La mujer, con pupilas llameantes, silabeó:

—Me has pegado, Larry.

—Sí. Por lo visto he sido demasiado blando contigo hasta ahora.

De repente sonó un timbrazo procedente del dictáfono. Fergus se acercó a él y oprimió el pulsador para poder hablar.

—¿Qué hay?

—¡Señor Fergus, la policía ha bloqueado las salidas del club y no parecen albergar buenas intenciones!

—¡Maldita sea! Gracias —dijo al empleado que le advirtiera de la llegada de la policía. Apartó su mano del dictáfono.

—Si lo han cogido por tu culpa, te mataré, Larry —aseguró ella dirigiéndose a la puerta.

—No, Raquel, no te saldrás con la tuya. Conozco a ese sargento y acudirá adonde sea para verte.

—¿Qué quieres decir?

—Imagínatelo —replicó él, introduciendo la llave en la cerradura y cerrando el despacho por dentro—. Serás un magnífico cebo.

—Larry, estás ofuscado y vas a cometer una tontería.

—La estupidez ya la he cometido escuchándote a preciosa. Ahora, la policía tiene motivos para meterme entre rejas. Proteger a un fugitivo convicto y mi yate destrozado... Esto les servirá para acabar conmigo y cerrar el club, y todo por el paracaidista. Te juro que yo mismo he de llevarle cardos a su tumba.

Fergus se dirigió al perro e hizo girar su cabeza. La mesa dejó al descubierto la trampilla. Raquel no se mostró asombrada ni reveló que conociera aquel escondite.

—Vamos abajo antes de que los polizontes irruman en este despacho con una orden de arresto para mí.

—Pero, si tienen orden de atraparte, te cogerán igualmente más tarde o más temprano.

—No, si salgo a tiempo del país.

—¿Y vas a abandonarlo todo? —preguntó con desdén.

—Todo no, preciosa. Yo sé bien lo que hago.

La figura enteramente dorada de la mujer, debido a la indumentaria de fantasía que llevaba, comenzó a descender por la escalera casi vertical que conducía a aquel sótano oculto.

Una vez abajo Larry Fergus tocó una palanca. La mesa cerró la trampilla y la cabeza del perro volvió a su posición. Lo policía no iba a encontrarla.

Aquel primer tramo del sótano era oscuro, húmeda. Las paredes estaban llenas de moho y el hedor ambiental no era nada agradable.

Una bombilla amarillenta iluminaba una especie de sala con bóveda de hormigón. En ella había una mesa un par de sillas y, como nota incongruente, una nevera eléctrica cuyo cordón se conectaba a la propia bombilla con una clavija especial para tal uso.

—Hace frío aquí abajo.

—Más frío hace teniendo seis pies de tierra encima, recuérdalo.

La estancia tenía una puerta de madera centrada en una de las paredes, una pared que no parecía ser muy antigua. En el otro muro, una galería abierta, sin puerta alguna, semejaba prolongar aquel sótano quizá hasta el propio infierno.

—Espera, alguien viene —dijo él tomando por el brazo a la muchacha y tirando de ella hacia un rincón oscuro de la galería.

En efecto, se oían pasos, unos pasos quedos que cada vez se aproximaban más.

Raquel vio la pistola en la diestra de Fergus y temió que la sangre corriera en breves instantes.

Sus ojos grandes, rasgados, miraron alrededor y pudo descubrir un dictáfono con una clavija.

—¡Quieto ahí quien sea! —ordenó Larry tajante.

—Eh, cuidado. Soy yo, Iliosky.

El sargento aviador del rostro picado por la viruela apareció en el centro de aquella estancia iluminada por la macilenta bombilla.

Larry guardó la pistola e hizo salir a la chica del escondite.

—¿A qué ha venido? —preguntó con sequedad.

—Primero dígame qué hace ella aquí abajo. ¿La ha metido en el lío?

—La chica es cosa mía, Iliosky. Pienso largarme de aquí y pronto. Ella me acompañará.

—¿Adónde? —preguntó Raquel asustada.

—Eso ya te lo diré cuando hayamos llegado. Ahora, siéntate. Este amigo y yo hemos de hablar un poco.

—Sí, tenemos que tratar de algo —aceptó Iliosky, acercándose a la nevera.

Sacó una botella de refresco, de la que tomó un trago largo, sin preocuparse de nadie más.

—Las cosas se han puesto feas aquí.

—Lo sé, por eso he venido.

—Las noticias corren.

—Y más cuando son malas.

—¿Lo envía su jefe, «el Cumplidor»?

—El aún ignora lo ocurrido, pero supongo que se enterará de todo de un momento a otro. Sabrá lo sucedido a su yate «Jamboree», la muerte de dos de sus hombres, la desaparición del sargento Deimos y el bloqueo de su club por la policía.

—No encontrarán este escondite.

Raquel, sin apartar sus pupilas del aviador, que vestía de paisano, dijo acusadora:

—Tú eras el amigo de Nat.

—Sí, qué le vamos a hacer. Cada cual tiene que cuidar de sí mismo. Deimos, si es que vive, está en un aprieto. Todo el mundo le persigue y quizá alguien, en el momento menos pensado por él, le dará muerte.

Seguidamente, tomó otro trago de la refrescante bebida.

—¡Eres un canalla! —espetó ella rabiosa—. No os saldréis con la vuestra y me estoy dando cuenta de que sois más ratas de lo que yo creía.

—Me parece, Fergus, que va a tener muchos problemas con ella —siseó Iliosky con una sonrisa en sus labios delgados.

—Se equivoca, Iliosky. Conozco el modo de tratarla.

—¡Nunca lo sabrás ni podrás hacerlo, cerdo!

La respuesta de Larry fueron dos nuevas bofetadas. Raquel cayó al suelo, quedando debajo mismo del dictáfono.

—Veo que tiene un sistema duro y efectivo para calmarla.

—Sí, pero mejor será que hablemos de otra cosa. Tengo que abandonar el país. No quiero que me metan entre rejas.

—¿Teme que mientras usted esté en la cárcel el oro desaparezca

de aquí abajo? —señaló hacia la puerta de madera.

—Sería lo más lógico, ¿no?

—Desde luego. Es el momento de emprender el vuelo, de buscar mejores paisajes.

—¿Piensa lo mismo «el Cumplidor»? —preguntó Fergus.

—No, ya le he dicho que él todavía no sabe nada, aunque no tardará en enterarse. Puedo asegurarle que es un tipo listo.

—Entonces, su opinión carece de base y a mí me interesa algo efectivo.

—Sí, ya, quiere su parte. Walter, que está vigilando la puerta del colector, también quiere lo suyo. Me lo ha dicho mientras venía hacia acá.

—¿Y usted no desea lo que le toca?

—Sí, y ahora mismo. Tengo un coche esperando arriba en la calle y un pequeño reactor particular me llevará lejos de los Estados Unidos, adonde pueda disfrutar del oro que hay aquí abajo escondido.

—¿Un avión particular? —preguntó Fergus interesado—. ¿Lleva piloto?

—¿Para qué? Yo soy piloto. Puedo guiarlo yo mismo. En realidad lo he tomado en alquiler para unas pruebas, hasta he pagado seguro. Lo haré desaparecer en la selva de cualquier país centroamericano y luego me iré a vivir a otra parte. Nadie va a encontrarme.

—¿Puedo ir yo también en su avión? Me interesa mucho salir de los Estados Unidos.

—Sí, claro, la policía le busca —bromeó Dean Iliosky.

—La mala suerte ha querido que se hundiera mi yate, en el que confiaba para un caso como éste.

—Bueno, Fergus, no se apure. Haremos el viaje juntos e incluso puede venir la chica. El aparato es de cuatro plazas.

—Magnífico. Lo malo es que hay que avisar a «el Cumplidor» para que desconecte los explosivos, o jamás tendremos el oro.

—Verá, Fergus, yo pienso que puedo llevarme la parte de «el Cumplidor» y ahora mismo, sólo que usted tendrá que desconectar también su cable de alta tensión.

Larry miró al aviador, sorprendido.

—¿Cómo lo sabía?

—No soy ningún imbécil. «El Cumplidor» se ha protegido poniendo más de veinte kilos de plástico en el oro para que nadie se lo llevara, pero usted también se ha protegido contra «el Cumplidor» por si intentaba hacerle una jugada. En este negocio, nadie se fía de los demás.

Fergus sonrió por primera vez.

—Comprendo, y creo barruntar que piensa gastarle una jugarreta a «el Cumplidor».

—Pues, si nos llevamos el oro, podríamos partirlo usted y yo. ¿No le parece buen negocio? «El Cumplidor» sólo le daba el treinta por ciento.

—Me parece que me conviene, sólo que si «el Cumplidor» no desconecta el dispositivo que protege el oro, no seré yo quien le ponga las manos encima.

—Yo solo no habría podido llevarme el oro, pero entre los dos podemos conseguirlo.

—Considero que no es mala idea si se pueden desconectar los explosivos, claro.

—Yo sí puedo.

—¿Cómo?

—Siempre he sido el brazo derecho de «el Cumplidor» y tengo el emisor. Aquí traigo el aparato de transistores.

La sonrisa de Larry Fergus se amplió y sus ojos brillaron. Todo estaba resuelto...

Huiría con aquel tipo que se la había jugado al jefe, y luego, cuando llegaran al país que fuese, sólo tendría que alojarle una bala en el cerebro y quedarse con la chica y todo el oro.

Nat Deimos miró al hombre que había dejado tendido en el suelo, en paños menores, y dijo:

—Lo siento, amigo, pero me hacía falta ropa.

El sujeto en cuestión, que permanecía quieto en el suelo, no podía oírle.

Nat, con un solo golpe, lo había sumido en la inconsciencia. Le había dejado al lado las ropas mojadas que él llevaba y él se había puesto las de su víctima, de cuya dirección había tomado buena nota para devolverle sus cosas cuando hubiera dejado de necesitarlas.

Lo primero que hizo fue introducirse en una cabina telefónica y

desde ella marcar el número que ostentaba la tarjeta del hombre que respondía por Joe Granger.

—¿Diga? —preguntó una voz femenina al otro lado del hilo.

—¿Es usted pariente de Joe Granger?

—Sí, soy su esposa. ¿Ocurre algo?

—Su marido está inconsciente entre la Calle 14 y la Calle 4. Pase a recogerlo.

Entre sorprendida y asustada, la mujer gritó:

—¿Qué... qué le ha pasado?

—No tema, no está herido. Dígale que ya le devolveré sus cosas cuando pueda.

Antes de oír los insultos que llovieron sobre el auricular, colgó.

Había esperado bastante rato hasta encontrar un tipo de su talla. No era muy ortodoxo el sistema empleado, pero no tenía otro a su alcance.

Carecía de dinero y de amigos, y resultaba demasiado fácil reconocer a un hombre por la calle, máxime llevando las ropas mojadas.

Por suerte, el tal Granger tenía unos dólares en el bolsillo y con ellos tomó un taxi que le condujo al cementerio de coches.

Esperó a que el auto se alejara y tomando precauciones comenzó a buscar en el «Ford» viejo pintado de verde.

La noche era muy oscura, y no resultaba fácil distinguir a alguien que además procuraba avanzar buscando siempre el amparo de las sombras.

Halló el «Ford» y junto a éste la tapa de la que Taylor le hablara.

Se aseguró bien de no ser observado y levantó la tapa cuidadosamente. Acabó por introducirse en el colector, bajando a él gracias a una escalera de hierros empotrados a la pared.

Dentro del alcantarillado reinaba la más absoluta oscuridad. El hedor, en principio, había sido insoportable, pero luego se había acostumbrado a él. Una sensación de fría humedad embargó su cuerpo.

Permaneció quieto un par de minutos, escuchando atento por si descubría algo. Sólo oyó el gotear del agua e incluso algunos chillidos de ratas.

«No hay nadie», se dijo.

Raspó un fósforo y buscó la señal.

—Ésta debe ser —susurró.

Siguió la dirección de la flecha y anduvo las cuatrocientas yardas indicadas.

Gracias a la débil claridad de una bombilla fijada en el techo del colector y protegida por un cristal y una rejilla que la aislaban de golpes y humedad, distinguió la mancha rojiza en una pared.

Había llegado al lugar donde estaba la puerta camuflada. En adelante, las precauciones debían ser extremadas o se exponía a recibir una rociada de balas como bienvenida.

Golpeó con la mano en la puerta y esperó pegado a la pared.

La puerta no se movió. Luego, lanzó un gruñido oscuro que sonó extraño dentro del colector, hallando eco en distintas galerías.

Al fin, ocurrió lo que esperaba.

El que debía vigilar aquella puerta desde el interior, la abrió lentamente. Poniendo su pistola por delante, se asomó con precaución.

Nat Deimos iba desarmado y empleó su diestra golpeando de canto sobre la mano armada que acababa de asomarse.

—¡Maldición! —Gruñó alguien, dolorido, desde el interior de la guarida.

La pistola no llegó a caer al suelo. La zurda de Nat la recogió en el aire al tiempo que catapultaba su cuerpo contra la puerta, abriéndola de golpe y proyectando a Walter contra la pared opuesta.

—Quieto —ordenó Deimos.

Pero una hábil patada del hampón, que conocía perfectamente las añagazas para pelear, le arrebató la pistola de la mano mientras él sacaba un estilete automático que hizo sonar metálicamente su muelle al desnudar la hoja.

—No te saldrás con la tuya, sargento —le dijo, al reconocerle, ya que allí dentro había luz.

Nat tuvo que saltar de un lado a otro, esquivando el acero que ansiaba hundirse en su cuerpo.

Walter sonrió, sabiéndose en posición ventajosa.

—Acabaré contigo, pero también es conveniente que los demás sepan que está aquí el enamorado de la «Serpiente del Jamboree».

Alargó su mano para oprimir el pulsador de alarma que habría de avisar a Larry Fergus de una presencia extraña. Mas no llegó a

hacerlo; Deimos no le dejó.

En una prodigiosa demostración de agilidad, el paracaidista se había lanzado con los pies por delante, golpeando el vientre del hampón al tiempo que éste intentaba inútilmente atravesarlo.

Ambos cayeron al suelo y Nat aprisionó la mano armada.

Sin embargo, Walter no era un luchador fácil y los dos rodaron por el pavimento mientras los ojillos diminutos y maliciosos de una rata les contemplaban.

De pronto, Deimos notó que su enemigo no hacía fuerzas para luchar contra él.

Se apartó con precaución, descubriendo que, en una de las vueltas, el acero se había hincado en la espalda de su propietario.

Jadeando, recuperó el arma perdida y que en realidad pertenecía al *gángster*. Arrinconó su cadáver contra la pared y prosiguió el avance.

Aquella galería particular era larga, estaba iluminada y no tenía basura ni inmundicias en su suelo, aunque sí humedad y roedores en los recovecos.

Comenzó a oír voces débiles que cada vez resultaban más audibles. Finalmente, se asomó a una pequeña sala donde descubrió a «Blonde Snake» y a dos hombres que acababan de abrir una puerta de madera.

Tras ésta, otra puerta de acero camuflada y perteneciente a una pequeña habitación contigua a la sala en que se hallaban. En ella podían verse unos saquitos cuidadosamente alineados.

Muy contento, Larry Fergus exclamó:

—¡Ya está, el oro es nuestro!

—No creo que tenga tanta suerte —silabeó la voz del recién llegado.

Al descubrir a Nat, Raquel Andrews se quedó como muda de sorpresa y alegría, no sucediendo lo mismo con sus acompañantes.

—¡El sargento! —exclamó Larry.

—¡Deimos! —Gruñó el aviador.

—Vaya, Iliosky, no creí que tú estuvieras metido en esto. Y yo que siempre había confiado en ti...

Larry Fergus respiró hondo. Comprendió que si Deimos había llegado allí era porque había eliminado a Walter, y en este caso las cosas se complicaban para ellos.

—Espera, Deimos. Tengo un avión a reacción a punto de despegar. Puedes venirte con nosotros.

Hay oro suficiente para todos. ¿No opina lo mismo, Fergus?

—Sí, claro, hay oro para todos.

Raquel movió su cabeza negativamente, al tiempo que exclamaba vehemente:

—¡No les creas, Nat, son unos asesinos! ¡Larry quería utilizarme para matarte!

—Lo imagino —masculló Deimos, sin dejar de encañonarles con la pistola.

—Vamos, Deimos, sé razonable. Si te cogen te cuelgan. En cambio, con nosotros, vas a vivir en plan de millonario —propuso Iliosky, con aire amigable y cordial.

—No te muevas, Iliosky, o te mando al infierno ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Qué estupidez piensas cometer?

—La de entregaros a la policía. Fijaos: esto —mostró el pequeño aparato que le proporcionara el inspector Ellis— enviará una señal a los federales y ellos sabrán dónde encontrar a «los Cumplidores».

Acto seguido, pulsó el botón del pequeño emisor a transistores.

—No creo que sirva, sargento. Estamos bajo tierra y la onda no llegará arriba.

—Quizá, pero de todos modos les tengo encañonados. No voy a cometer ningún descuido, se lo advierto. Sé que son astutos; «los Cumplidores» tienen fama de ser unos tipos con inteligencia.

Vuelan edificios sin que nadie sepa cómo. ¿Puedes contármelo, Iliosky? ¿Acaso empleabas material del ejército?

—Verás...

—Vamos, habla.

—Pues, sí, un helicóptero pulverizador del ejército señalaba con pintura fluorescente el edificio que íbamos a destruir. Nadie sospechaba nada y, después, otra noche oscura, se lanzaba desde el helicóptero, a gran altura, uno de los nuestros, vestido de negro y a caída libre. Luego, abría el paracaídas de seda negra y se guiaba hasta el edificio marcado. Una vez dentro, sin que nadie supiera por dónde habíamos penetrado, era fácil colocar las cargas y abandonar el edificio subiendo al tejado y quedándose allí durante un par de horas, hasta que pasaba el helicóptero de rescate con el cable grúa para llevárselo.

—Y estallaban por control remoto —terminó Deimos.

—En efecto, pero todo ha terminado. Vamos a largarnos de aquí y tú puedes venir con nosotros.

Te librarás de la horca.

—Da la casualidad que de la horca vas a librarme tú. Vas a reintegrarme a mi puesto de sargento y a limpiar mi hoja de servicios, manchada por un crimen que no cometí.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Diciendo que eres el asesino del capitán Royce. ¿O acaso me equivoco?

—Te juro que no fui yo, te lo juro —balbució, con el miedo atenazándole la garganta—. Sí, sí fuiste tú. Royce era un tipo desagradable, sádico, pero por lo visto también muy sagaz y debió descubrir tus turbios manejos empleando material del ejército.

—No, Nat, te juro que no fui yo, te lo juro.

—¿Ah, no? Entonces, ¿quién fue?

—Yo —anunció una nueva voz, apareciendo de súbito tras Deimos por la galería que conducía al colector.

—¡Coronel Threvor! —exclamó Deimos, anonadado.

—¡«El Cumplidor»! —exclamó a su vez Larry Fergus al reconocer la voz.

—Quietos o mis hombres acabarán con todos —silabeó señalando a sus hombres con el revólver que empuñaba.

Todos ellos llevaban metralletas portátiles.

—Ha sido una excelente jugada, coronel. Ni siquiera el inspector Ellis habrá sospechado de usted. Con razón estaba siempre al corriente de lo que ocurría —dijo Nat con resentimiento.

—Sí. A Royce tuve que matarlo porque se volvió demasiado molesto.

—Y me cargó a mí el mochuelo.

—Sí. Eres un tipo excelente, Deimos, pero también muy sagaz, y podías descubrirnos como había hecho el capitán. Por otra parte, necesitábamos una cabeza de turco y tú me pareciste la persona idónea. La verdad, lamento tener que matarte, pero eres un estorbo.

Larry, hábil en las situaciones desesperadas, sacó su pistola disparando contra la bombilla. La acertó al tiempo que tres metralletas tableteaban siniestras. Se escuchó un gruñido y un grito de dolor.

—¡Matadlos a todos! —ordenó el coronel.

Deimos disparó sobre el lugar donde surgiera la voz y escuchó:

—¡Maldición! ¡Tienes que haber sido tú, Deimos! ¡Matadlo, matadlo!

De nuevo tabletearon las ametralladoras.

Nat estiró la mano y enlazando el brazo de Raquel, la obligó a aplastarse contra el suelo murmurándole:

—No te muevas.

El olor desagradable y acre de la pólvora quemada flotaba en el ambiente.

Deimos disparó contra el lugar donde una metralleta lanzaba sus diabólicos proyectiles y ésta enmudeció.

—¡Tenemos que acabar con él! —dijo otra vez—. Si el jefe ha muerto, no podemos dejar el oro aquí.

Nat, que había cambiado de posición, tomó a hacer fuego contra el lugar donde creía encontrar a uno de los paracaidistas traidores a su patria.

Un gruñido y un ruido sordo al desplomarse un cuerpo. Luego, se encendieron unos focos que iluminaron vivamente la escena.

—¡Todo el mundo manos arriba! ¡Las salidas están bloqueadas! —ordenó una voz, apareciendo varios uniformes armados.

Allí había miembros del FBI, de la Metropolitana y de la «Military Police».

Sólo uno de los delincuentes pudo alzar sus brazos en señal de rendición. El resto yacían muertos.

El inspector Ellis se dirigió a Deimos que, junto a Raquel, estaba iluminado de lleno por uno de los focos.

—Excelente, Deimos. Gracias a usted hemos logrado eliminar a «los Cumplidores», y puedo jurarle que jamás hubiera sospechado del coronel.

—Y yo tampoco. Por lo visto quería asegurarse una vejez de millonario. Lo malo es que ahora, en el nuevo juicio que usted me prometió, no podrá servir como testigo de descargo.

—Por eso no se preocupe, sargento. Todos los policías que estamos aquí serviremos como testigos a su favor.

—¿Cómo?

—Lo hemos oído todo por el dictáfono que hay en el despacho de Fergus.

Raquel se adelantó para aclarar:

—Nat, he sido yo quien ha conectado el dictáfono para que los policías que habían entrado en el club se enteraran de lo que ocurría aquí abajo.

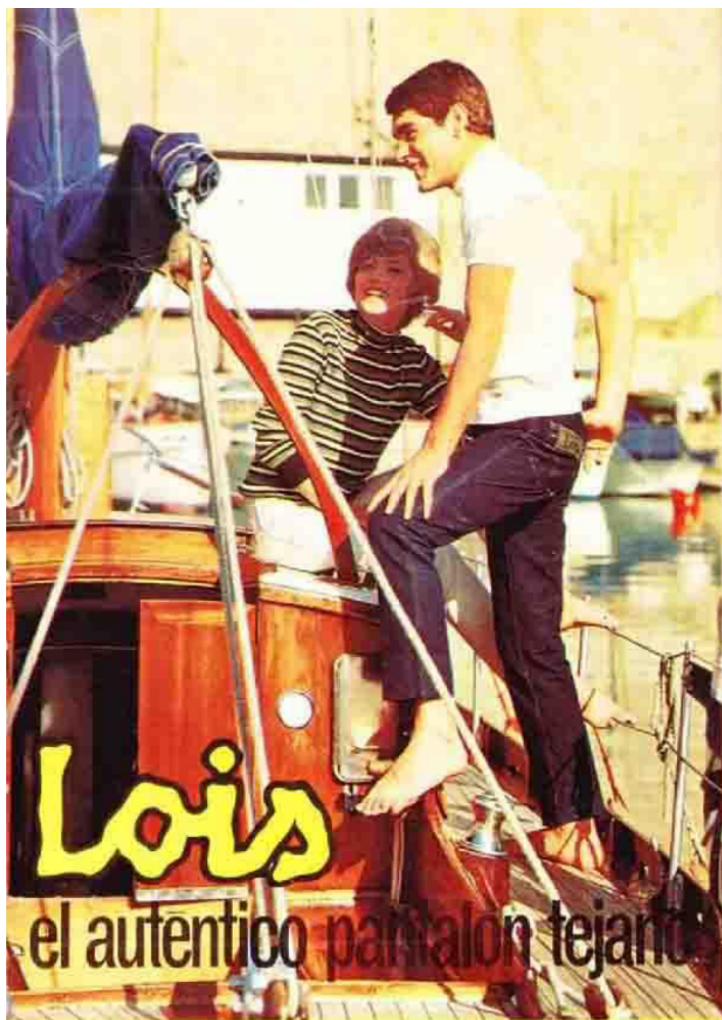
—Bueno, yo estaba con los demás policías, pues por el chapuzón que se ha dado en el East River lo había perdido de vista, y como me habló de la guarida secreta, ha sido fácil deducirlo todo mientras escuchábamos la conversación a través del dictáfono. La verdad, sargento, es que se lleva una mujer formidable.

—Pues déjeme que le dé un beso de agradecimiento.

«La Serpiente del Jamboree» se sintió estrechada, casi oprimida entre los brazos del paracaidista reivindicado. Sus labios ardieron con los besos de él.

No había remedio, aquella escena tendría que culminar forzosamente en boda y el inspector Ellis se prometió comprar un saco de arroz para sepultar a la pareja con el cereal.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

